



EL SANTUARIO DEL YUGO.

RELACION HISTÓRICA

de la

MILAGROSA APARICION DE LA IMÁGEN DE MARÍA SANTÍ-
SIMA, QUE CON EL AMABLE TÍTULO DEL YUGO SE
VENERA EN SU SANTA BASÍLICA EN LA JU-
RISDICCION DE LA M. I. Y NOBILÍSI-
MA VILLA DE ARGUEDAS,

ACOMPAÑADA DE LOS DATOS QUE ATESTIGUAN

SU JUSTA CELEBRIDAD,

por

D. LINO MUNARRIZ,

y seguida de la novena que dedicó á la Señora
el R. Fr. Juan Resa.



PAMPLONA:—1870.

Imprenta y lib. de Sixto Diaz de Espada, S. Nicóas, 17.



Es propiedad de su autor, y
no podrá reimprimirse sin
su permiso.



Nos el Licenciado D. Francisco Gonzalez y Puig, Presbítero Abogado de los tribunales Nacionales, dignidad de Arcipreste de esta Santa Iglesia Catedral, Provisor, Vicario General y Gobernador Eclesiástico de este Obispado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Cirilo Uriz y Labairu, Obispo de él etc.

Hacemos saber á los Señores, que las presentes vienen, que ante Nos se presentó un libro titulado *El Santuario del Yugo* por D. Lino Munarriz, solicitando nuestra licencia para la impresion; y habiendo remitido para su exámen á persona de nuestra confianza, por su censura consta que el citado libro no contiene cosa alguna contraria á los dogmas de nuestra Santa Religion ni á las buenas costumbres; por tanto por lo que á Nos toca concedemos licencia para la impresion de dicho libro, debiéndose poner al principio de cada ejemplar una copia de esta nuestra licencia. En cuyo testimonio damos las presentes firmadas de nuestra mano, selladas con el menor de las armas episcopales y refrendadas por el infrascrito Vice Secretario de Cámara en Pamplona á 29 de Marzo de 1870.—Lido., Gonzalez.—Por mandado de S. S.—Dr. Antonio Pueyo, Vice Srio.



AL LECTOR:

Hace algunos años quise enterarme de la historia de la celebrada imagen del Yugo, y con el objeto de que datos auténticos me ilustraran, pregunté qué había sobre el particular en las librerías del santuario y de la parroquia. Mas personas, perfectamente enteradas de cuanto contienen los archivos, me dijeron que nada hallaría en ellos que hiciera á mi propósito, á causa de que en las pasadas guerras habían desaparecido muchos volúmenes; y que los que tratan de la aparición de dicha imagen debían estar en el monasterio de la Oliva, á donde se dice que fueron previsoriamente trasladados.

Con tales declaraciones había desistido de mi empeño, cuando há poco tiempo me dijo un amigo que vería con gran placer un librito con la historia de la aparición y el novenario de Nuestra Señora del Yugo, y que podía encargarme de su arreglo; entregándome para ahorrarme tiempo, la novena que va al final de esta obrita, si bien con gozos nuevos, debida á la pluma y devoción del difunto Fr. Juan Resa.

También yo deseaba lo mismo; pero sentía que no fuese apoyado por algun documento secular y fidedigno; cuando felizmente vino á mis manos un libro antiguo de sermones, en el que lei uno que dijo hácia mitad del siglo pasado en

la santa basilica el R. P. M. Fr. Buenaventura de Arévalo, doctor en sagrada teología, prior que fué del convento de Pamplona y examinador sinodal de su obispado, y finalmente definidor de la provincia de Aragon de carmelitas observantes; en cuyo panegirico, impreso en Pamplona con licencias expedidas en 1754 por el Consejo y Vicario general, y cuyos censores hacen los mayores elogios de la obra y del autor, se saca á relucir la historia de tan bello simulacro, en perfecto acuerdo con la narracion tradicional que refieren los hijos de Arguédas.

Ya tenia, pues, tradicion y libro; y á la corriente de estas dos fuentes me determiné á dar comienzo á mi trabajo, que hoy tengo la honra de ofrecer impreso á mis lectores.

No tengo la pretension de que sea una obra completa; que al fin es parto del pobre ingenio mio; pero confio en que los que han de tomarle en sus manos no lo han de leer, para mi dicha, con espíritu de criticos, sino con el afecto de hijos amantes de Maria. Si así no fuera, yo tendria que pedir en este punto la indulgencia del lector, particularmente para lo que va en verso; porque no soy poeta, y sólo con aficion y constancia he podido dar cima á la leyenda y gozos.

Ahí le teneis. Si consigo que sea grato á la Virgen, y hacer con él un obsequio al pueblo de Arguédas, en testimonio de mi gratitud y reconocimiento, se habrán colmado mis deseos.



PROTESTA DEL AUTOR.

Deseoso de cumplir con lo que dispuso el Papa Urbano VIII, y otros decretos ordenan, declaro que cuando refiero algunos milagros, ó algunas obras sobrenaturales, no es mi ánimo que se les dé más crédito que el que merecen las historias humanas, ó relaciones de personas piadosas y temerosas de Dios; y en todo me sujeto al parecer, determinacion y censura de Nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica, romana.

A MARÍA SANTÍSIMA.

A Vos, privilegiada Señora, llena de gracia, dedico el presente librito.

Cuando me dijeron que podia arreglarle, acudí á Vos, que sois asiento de la sabiduría, y empecé el trabajo. Quisiera que todo él fuese agradable á vuestros purísimos ojos.

Como obra mia, poco ó nada podria valer; mas en ella se cantan vuestras glorias y alabanzas, que le dan infinito precio.

Bendecidlo, Madre mia, y bendecid á vuestro hijo.

L.



A LA INMACULADA VIRGEN MARÍA,
PASTORA DIVINA DE NUESTRAS ALMAS.

ODA.

¡Oh celestial María!
Hija dilecta del Eterno Padre,
Esposa del Paráclito,
Del encarnado Verbo augusta Madre,
Sagrario de Jehová; ¿cómo podría
De gozo no saltar enternecido
Mi pobre corazón dentro del pecho
A tantas glorias y á grandeza tanta,
Como Dios en tu ser ha reunido?
Y cómo no cantar con mi garganta
Tus regios timbres, en amor deshecho,
Si no hay delicia tuya,
Que por canal no estrecho
De altas piedades hácia mí no afluya?
Si á mi Jesús pariste,
¿A qué brillante cumbre no levanta
Al triste peregrino
Blason tan luminoso?
¿No es mi albergue tu seno de ventura?
No eres Tú de los Cielos el camino?
Y le oíste, Señora, no le oíste,
Cuando exhalaba el postrimer suspiro,

Con qué voz tan sentida
Por mi Madre os dejó Virgen querida?
Y la Madre del Hijo soberano,
Mia al ser, no será Jesus mi hermano?

¿Qué brillo, dime, á tu corona añades,
Llevando de Ti en pos el vano polvo?
Mi debil existencia se anonada,
Al contemplar el colmo de bondades,
Que sobre mí derrama bienhechora
Tu mano omnipotente:
El alma conturbada,
Mirando tus amores,
Se humilla reverente;
Mi pobre corazon, á tus favores,
De gozo puro llora;
Y el humilde labio
Ni alzar osa la voz, calla y te adora.

Ester, de gracia llena,
Cuya gloria en Salem querubes cantan
Con arpas diamantinas;
Purísima azucena,
Cuyos niveos pétalos encantan
Y arroban con su esencia
A todo un Dios; cuán bondadosa inclinas,
Y siempre sin enojos,
Hacia el triste mortal tus castos ojos!

Te acuerdas, siendo niño,
En la dichosa edad de mi inocencia,
Con qué amorosas preces,
Con qué fácil cariño,
Ante las aras del altar sagrado,

Donde tu imágen se asentó bendita,
A solas las más veces,
Te hacia ufano la mensual visita?

Te acuerdas; ay! te acuerdas,
Con qué amabilidad ráuda templabas
De mi rabel las cuerdas,
Y á oír te preparabas
El cántico sencillo,
Que revolando por las gayas flores
De tu huerto, cual lindo jilguerillo,
Al aire despedía en mil amores.

¡Pastora cariñosa!
Educar no era así con mil caricias
Al infantil cordero,
Que, lleno de delicias,
Ora pastaba en el frondoso otero
Con tu manada hermosa,
Ora á tu lado jugueton triscaba,
O á tu argentina voz presto corría,
En Ti se reclinaba,
Y de tu blanca mano el pan comía?

Y cuando olvidadizo
Se deslizó buscando ajena yerba,
Huyendo el bien que tu bondad le hizo,
Con qué afán inquirías su guarida
Y cuánta pena acerba;
Cuánto suspiro dulce en tus anhelos
Por tan infiel huida,
Hasta que al fin lograste
Con plácidos consuelos

Mirarle en tu rebaño,
Y en maternal abrazo le estrechaste.
Tu boca sonreía,
Y el humilde balaba de contento,
Y el ya pasado daño
Voló, cual paja que arrebató el viento.

Del carnicero lobo ya seguro,
De entónces junto á Ti mora tranquilo,
Sin que le amaguen penas,
Aspirando gozoso el aire puro,
Que blando envía el oloroso tilo;
Cuyas plantas refresca
Tierno sauce que llora lastimero
Por llanuras amenas,
Do en rico abrevadero,
Al son meliflúo de sonoro canto,
La devorante sed halla quebranto.

¿Quién es, empero, el desmayado dronte,
Para que en raudó vuelo
Audaz hienda el espacio, y se remonte,
Cuál águila, hasta el cielo?
Qué humano labio cantará armonioso
Con suave y digno acento
El amor de la Virgen sin mancilla?
Acaso el pensamiento
Podrá el abismo registrar hermoso
De la alta maravilla,
Pasma de ángel, del Señor contento?
Podrá quizás el alma,
Que se arrastra velada por la tierra,
Erguida, cual la palma,

Soportar, absorver los resplandores,
Que su albo seno encierra
Y que á torrentes vierten sus amores?

¡María, Madre mía!
Levántame del cieno,
Sacude el polvo, que en prision umbría
Tan recia valla á tu vision me opone;
Quiero volar....subir quiero al sereno
Empíreo ¡ay! que en viaje tan glorioso
Tu amor no me abandone.

Entónces se calmara
Del fervoroso pecho el ansia ardiente.
Y de brillante luz siempre cercado,
Que tu rostro despide refulgente,
En perenal amor, dulce, embriagado
A Ti los ojos sin cesar alzara.
Entónces contemplara
El fuego santo con su llama pura,
Que anida en tus entrañas;
Y cuál en chispas desde regia altura
Al orbe lanzas vivo, que le animas.
Entónces las Españas
En piélagos de lumbre hervir yo viera,
Y cuál al hijo suyo le sublimas
Sobre la baja esfera;
Y aquí y allá, por do quier ardiendo
En todos tus santuarios
Eternamente inmarcesibles piras,
Por tu fecundo soplo sustentadas,
Que al corazón hiriendo
Se ofrece en holocausto;

Y cuál las justas iras
Del cielo concitadas,
Deshechas descendieron
Por las nubes de incienso que subieron.

De la region, do la verdad fulgura,
Que el velo rasga, que la mente oprime,
Con su color, y fuerza, y hermosura,
A despecho del moro,
Viera prodigios, que tu amor imprime
En las gentes cristianas,
Que, congregadas al clarín sonoro,
En lides ciento vencen sobrehumanas.

¡Oh delicia divina!
Cuántos hechos sin fin y cuánta gloria,
Cuánto don y leyenda peregrina,
Gozoso, embebecido,
Viera endulzar mi febril memoria,
Deleitar ambicioso mi sentido!
Mas ¡ay! no es tiempo: malhadada culpa
Me oprime inicua. Cúmplase, Dios mío,
Vuestro decreto santo;
Adoro fiel tu inmenso poderío.
De mi pecho las fibras entretanto
Sin cesar en acorde melodía
De amor entonen cantos á María.

NUESTRA SEÑORA DEL YUGO.

I

PRECEDENTES HISTÓRICOS.

Dios es rico en misericordia, según la expresión de S. Pablo; pero también es celosísimo de su honra. Los pueblos, que después de repetidos y amorosos llamamientos hanse empeñado en alejarse de Él, desprecian-do sus leyes santas, han sufrido tremendos castigos. Tres siglos hace que Inglaterra abandonó al Soberano Pontífice, que es el vicario que nos dejara Jesús en la tierra; y aun persevera casi toda ella enredada en las confusas sendas del protestantismo. Más tiempo por cierto cuenta la Rusia que por el cisma se apartó del cuerpo místico de la Iglesia romana; y todavía permanece separada con mortal semblante, como miembro cortado y podrido del tronco que le daba vida. Y todos saben que los judíos por el horroroso deicidio que cometieron, crucificando á Jesús en el calvario, están condenados hace diez y ocho siglos á vivir esparcidos por el mundo, sin poder formar un estado, como le tienen los demás pueblos de la tierra. Empero no hay necesidad de acudir á casa ajena en busca de terribles enseñanzas: en la historia de nuestra patria hallamos también severas lecciones de un Dios justamente irritado.

A principios del siglo VIII entraron los moros en España, y nadie puede dudar de buena fé que á tamaño

infortunio dió lugar la espantosa corrupcion, que, empezando por los reyes y magnates, habiase infiltrado en las muchedumbres. El rey D. Rodrigo, á quien Witiza habia dejado ya el reino en un estado lamentable con sus desórdenes y poco temor de las iras del Cielo, siguió los pasos de su antecesor; y cuando sólo pensaba en festines y liviandades, supo que el conde D. Julian, que tenia la plaza de Tarifa, habia dejado paso franco á los musulmanes, uniéndose á ellos, para vengarse de un acto del Rey. Apresuradamente reunió las fuerzas que pudo, y salió al encuentro de los infieles, presentándoles la batalla cerca de Jerez, junto al rio Guadalete. Pero la hora de la justicia divina habia sonado: entre sus mismos generales tuvo otro traidor, que se pasó á la morisma con la gente que mandaba; y las fuerzas españolas fueron completamente destrozadas, quedando D. Rodrigo ahogado, segun se cree, en las aguas del rio.

Los moros vencedores recorrieron la España cometiéndola toda clase de excesos, sin perdonar ni aun á los mismos que les ayudaran en la obra, (que el Cielo suele castigar en vida á los traidores á su patria;) y en su desenfrenada furia y ciega superstición nada respetaron. Aquí maltrataban á niños indefensos y quitaban la vida á decrepitos ancianos; allí entraban á saco por las moradas y violaban inocentes y castas doncellas; los campos ardian al contacto de la incendiaria tea; los templos del Señor eran cínicamente profanados, aherrojadas sus imágenes, y robadas sus alhajas.... ¡Qué dias! De todas partes salia un grito de indignacion; y en medio del dolor que oprimia los corazones, todos elevaban los ojos al Cielo demandando piedad. Y sin embargo, era preciso sobrellevar pacientemente el castigo por el tiem-

po que pluguiera á la divina Providencia. ¡Leccion provechosa, si el pueblo, aprendiendo en los avisos de Dios, se apartase con horror de la iniquidad que hoy domina soberana, acaso con mas descaro, y de seguro con ménos temor á Dios, á quien ya no se cree!

Setecientos setenta y siete años duró en mucho ó en poco la dominacion de los árabes en España. El piadoso D. Pelayo, primo del infortunado D. Rodrigo, caballero que no habia tenido parte en los vicios de su época, y que como bueno habia peleado, segun el sentir de algunos historiadores, en la batalla del Guadalete, se refugió con los restos del ejército real, que le quisieron seguir, en las montañas de Asturias; y levantando allí el estandarte de la Cruz, concibió el alto pensamiento de reconquistar lo perdido: empresa colosal, que hubiera arredrado y abatido el ánimo de todos los corazones del mundo, que no fueran el de Pelayo.

Entretanto los godos, que así se llamaban entónces los españoles, repuestos del estupor que la invasion les causara, acudian solícitos á las iglesias; y ántes que fueran despojo de las bestias de la Arabia, ocultaban lo más precioso que en ellas encontraban, y señaladamente las imágenes de la Virgen, escondiéndolas unos entre los muros de de los mismos templos, llevándolas otros al campo, donde las dejaban cerradas cuidadosamente en hoyos abiertos á propósito, y custodiándolas algunos en sus casas particulares.

Envalentonados los moros con el triunfo y desprecian-do al principio la actitud de los cristianos reunidos en las asturianas sierras, subieron hasta las Galias; mas al poco tiempo pensaron que era preciso abatir el arrojo de nuestros valientes, y enviaron contra ellos un ejército formidable, que al mando de Alcamán ocupó todo el

valle que hoy se llama de Cangas de Onís. Pelayo con un puñado de corazones esforzados, pues es opinion que no pasarían de mil los que le acompañaban entre niños y mujeres, se encomendó á la Virgen Santísima, ante una efigie suya, que hoy día se conserva en Covadonga, y les hizo frente desde las asperezas. El resultado fué extraordinariamente favorable á las armas cristianas: corrientes de sangre mora bajaban por las gargantas, y un inmenso botín cayó en poder de los restauradores. Cuéntase que en esta lucha hubo el prodigio, atribuido á la intercesion de la Reina del Cielo, de que las flechas que despedían los soldados del impío Alcaman, rechazaban en las peñas, y de rebote iban á herir las frentes de los que las habían arrojado.

Tal fué el principio de la reconquista, empezada en Asturias por un principe cristiano, y que habia de llevarse á cabo setecientos años despues por los Reyes católicos con la toma de Granada, último baluarte de la dominacion sarracena en España. Los buenos patricios se alentaron con la jornada de Covadonga; y de todas partes llegaban á engrosar el pequeño ejército de Pelayo, quien iba ganando palmo á palmo el terreno ocupado por los moros. Y siguiendo los reyes posteriores por el camino que les trazara, y embebidos todos del espíritu religioso que caracterizó á esta obra memorable, no sólo fueron recompensados con ulteriores victorias, sino que el Cielo benigno empezó á galardonar los esfuerzos de nuestros antepasados con la aparicion milagrosa de las imágenes de Maria, que ocultaran á la entrada de los musulmanes. Hoy se oía que un pastorcillo habia sido visitado por la Emperatriz suprema, cuando apacentaba los rebaños: otro día era objeto de todas las conversaciones el prodigioso encuentro de otra efigie

hermosa, que para indicar su presencia esparcía desde su oculto asilo luminosos resplandores: una blanca paloma volaba al rededor de una alta peña, y cuando ya habia sido vista, se posaba en la entrada de una abertura, sin querer abandonar su refugio, y en aquel punto hallaban poco despues otro encantador simulacro; otras veces era un huey el que señalaba el paraje donde estaba la imagen, dando con las manos repetidos golpes en la tierra. Glorias inmarcesibles que, en mayor número que á todas las naciones del mundo, ha legado la Madre del divino Verbo á nuestra patria, que con razon es llamada el patrimonio de Maria.

Una pues de estas imágenes aparecidas, y de las primeras sin duda, es la Graciosísima Serrana, la Universal Protectora, la milagrosísima imagen, que con el amable título del Yugo se venera en su santuario en la jurisdiccion de la M. I. y Nobilísima villa de Arguedas.

Segun asienta D. Fernando Gomeza, vicario que fué de esta villa desde el año 1725, en la exposicion que precede á las censuras y licencias referidas en el preámbulo, sucedio la aparicion hace más de ocho siglos; esto es, hácia la primera mitad del siglo once. Y como no falta quien dice que los documentos que la autentizaban desaparecieron en las guerras que Navarra sostuvo contra los mahometanos, no me parece fuera de sazón hacer en este punto una lijera reseña de cómo estaba gobernada y dividida en aquel tiempo nuestra península.

En el año 1000 de nuestra era, Sancho IV el Mayor reinaba en Navarra, Alonso V en Leon, Castilla era gobernada por Condes, y puede decirse que el resto de España ocupaban los moros. Sancho el mayor de Na-

varra casó con la hija del heredero del condado de Castilla. Muerto el Conde le sucedió en el condado su hijo, el suegro del Navarro, llamado tambien D. Sancho. Unidos los dos derrotaron á los moros, y mientras el de Castilla ensanchaba sus dominios, D. Sancho IV dilataba tambien los suyos por Aragon, estableciéndose por las riberas del Gallego y Cinca hasta Huesca. En 1015 invadieron los moros nuestro país por la parte de Moncayo, siendo rechazados por D. Sancho que recobró todo lo que momentáneamente habia perdido. Poco despues murió el Conde de Castilla, y D. Sancho fué tutor del heredero su cuñado, llamado D. García. Muerto tambien pocos años más tarde D. Alfonso V de Leon, le sucedió D. Bermudo, su hijo; y se suscitaron diferencias entre esta corona y el condado de Castilla, sobre plazas de aquella ocupadas por este. Estas desavenencias se arreglaron, estipulando la union de Doña Sancha, hermana del rey D. Bermudo, con el conde de Castilla D. García, al cual se daría el título de rey, y adjudicándole, como dote de su esposa, las tierras, origen de la contienda. Mas este matrimonio no se verificó, porque en la misma puerta de la iglesia fué muerto el Castellano por los hijos del traidor Conde D. Vela; y con este motivo pasó el condado de Castilla á la casa de Navarra por los derechos de la esposa de D. Sancho, hermana del malogrado conde. Despues casó el hijo segundo del Navarro, Fernando, con la infanta Doña Sancha, prometida de D. García, llevando la esposa como dote algunas tierras en Galicia, y D. Fernando los estados de Castilla, que pertenecian á su madre, con el título de rey.—Despues de un glorioso reinado murió D. Sancho IV el Mayor de Navarra, dividiendo ántes el reino en tres partes: la corona de Navarra dejó á su

primogénito D. García; la soberanía de Sobrarve, á su tercer hijo D. Gonzalo; heredando D. Ramiro, hijo natural del Rey, las posesiones de Aragon. Reunidos los dos hermanos reyes, el de Castilla y Navarra contra el de Leon, que reclamaba las tierras leonesas que se habian adjudicado á Castilla, le dieron una batalla, en la que perdió el leones la vida; con cuyo suceso heredó D. Fernando los estados por su esposa Doña Sancha, reuniéndose por primera vez las coronas de Castilla y Leon.

Entretanto D. Gonzalo de Sobrarve habia muerto, y su herencia se incorporó á la corona de Aragon; por cuya causa el de Navarra atacó á su hermano D. Ramiro. Este se unió á los pequeños soberanos moros de Zaragoza, Huesca y Tudela, y penetró en Navarra. Su hermano, sin embargo, le derrotó, persiguiéndole despues hasta encerrarle en los confines de Sobrarve y Riva-gorza. La paz se restableció por mediacion del rey de Castilla.

Como se vé, este periodo de cincuenta años es uno de los más brillantes de la historia de Navarra. Hemos notado que en él entraron por dos veces los moros en nuestro territorio; pudiendo haber sucedido muy bien que se llevasen en sus incursiones algunos papeles de la basilica del Yugo, estando tan próxima al estado del rey moro de Tudela. Pero si esto puede ser cierto, no parece ser ménos que en aquella época, tan cercana á la aparicion, los arguedanos, de sucederles tal desgracia, habrian renovado los documentos primitivos; por lo que es presumible que, sean estos ó aquellos, desapareciesen en guerras posteriores; porque lo evidente, si hemos de dar crédito al escrito que se ha mencionado, es que la aparicion de Nuestra Señora debió verificarse en el

reinado de D. Sancho el Mayor de Navarra, ó en el de su primogénito D. García.

II.

LA APARICION.

La historia de la villa de Arguédas es limpia y brillante. Testigos sus honrosos timbres y sus gloriosos dictados. Este pueblo hizo por su patronato cuantiosos donativos voluntarios, no sólo á los reyes de Navarra, sino posterior y principalmente en los reinados de Felipe IV, Carlos II y Felipe V; cuyas sumas en las guerras de Flandes, Milan, Portugal y Cataluña fueron tan grandes, que, como dice la exposicion ya mencionada, al que viere los libros de depósitos y tesorería, se le hará increíble cómo un pueblo tan reducido pudo servir á sus soberanos con tantos caudales. La grandeza de sus sentimientos era tal, que no le bastaba para asegurarlos los subsidios pecuniarios que hacia continuamente, sino que además celebraba anualmente solemnes honras fúnebres en sufragio de las almas de sus difuntos reyes en el dia siguiente á la Epifanía. Esta demostracion singularmente patriótica, y que manifiesta el amor que siempre profesó Arguédas á la monarquía católica de España, alabó y agradeció el Señor Felipe IV, cuando en Tortosa despachó con favorable decreto al licenciado D. Miguel del Busto, vicario de la parroquia, y á D. Alonso de Herrera Rueda y Velasco, síndicos, en ocasion de temerse con gravísimo fundamento la enagenacion de Arguédas de la Corona Real; encargándose S. M. desde entónces de no oír súplica que á tal se dirigiese: cédula que se conservó en el archivo

despues de haberla hecho imprimir y repartir entre los vecinos. Muchas pruebas de señaladas honras é ilustres prerogativas se encontrarian indudablemente, si se revisasen los antiguos papeles y pergaminos que estan depositados en el municipio. De aquí las extensas y numerosas corralizas que desde tiempo inmemorial ha poseído, hasta que nuevas leyes, basadas sin duda en el progreso de la epoca actual, las han arrebatado. Sin embargo, quédale al pueblo el mayor y mejor tesoro, el que no le vino de mano de hombre, el favor de Maria, que desde su santa casa está diciendo á sus hijos: «Mirad, las glorias del mundo son como el humo que se disipa; sólo las celestiales, los dones que vienen del Padre que está en los cielos, son eternas: los bienes de la tierra cambian; yo sólo permanezco firme en medio de las vicisitudes de los tiempos: alegraos, pues, y venid á Mi todos los que padecéis trabajos, quebrantos y miserias, que yo os aliviaré.» Esta es la Virgen del Yugo. Oigamos cómo la tradicion nos cuenta su historia, de qué manera vino esta perla celestial.

Un labrador de Arguédas, cojo de nacimiento, habia subido á arar en el monte, donde trabajó toda la mañana. Llegada la hora del descanso, desató la yunta, dejó á los bueyes paciendo, colocó el yugo junto á un pino, y él sentóse sobre el cesped á vigorizar con una frugal comida las fuerzas cansadas en su continuada tarea.

Descansara despues, como es verosímil, ó no, cuenta la tradicion y nos dice el escrito, que al dirigirse hácia el yugo para emprender de nuevo el trabajo, vió con sorpresa y gozo una bellísima imágen de la Virgen Santísima, posada, cual lijera paloma, entre el frondoso ramaje del pino, á cuyos pies habia dejado el yugo.

Siempre acontecen estos prodigios en la soledad, y casi siempre se presentó María á los sencillos de corazón; para darnos á entender cuánto le agrada una fè sumisa, y una alma humilde.

No pregunteis de dónde ha venido; el labrador tampoco lo sabe. Sin duda es alguna efígie á quien sus antepasados tuvieron en gran veneracion en el altar sagrado, y la ocultaron despues por miedo á la morisma; y la Virgen Madre le hace aparecer compasiva prodigiosamente, enseñando al pueblo con este acto que su amor no le permite dilatar por más tiempo su dignacion; que quiere venir á ser de nuevo el amparo de sus amados hijos.

Tiernamente agradecido el labrador á un favor tan señalado, póstrase de hinojos ante ella, le da las más expresivas gracias, y le ruega que le haga conocer su voluntad soberana, para cumplir con ella. ¡Qué escena tan deliciosa!

Persuadido de que debe noticiar á sus paisanos tan fausta nueva, baja precipitadamente de la sierra privilegiada, y se llega al pueblo á contar el prodigio. No sabemos á quien creyó deber declararlo primero; pero el resultado fué que no se le dió crédito,teniéndole por visionario. No culpemos á los que no le creyeron, porque sabido es que en esas materias es necesario ser cáuto, y poner á pruebas las relaciones, hasta que no dejen asombro de duda. Por otra parte, Dios lo tenia así dispuesto, para hacer resplandecer más el favor de su sacratísima Madre.

Nuestro sencillo hombre con alguna pena en su corazón, pero confiado en la bondad de tan cariñosa Reina, volvió otra vez al monte, se arrodilló de nuevo ante el simulacro, y le pidió que le inspirase lo que debía

practicar, y que fuese su guía en mision tan halagüeña.

Mientras así le hablaba, siente una cosa inexplicable, que recorre suavísima por su interior, parécete que rejuvenece, que cobra nueva vida; y sin darse cuenta de lo que le pasa, se levanta, da unos pasos, y conoce por fin ¡oh alegría! que la pierna, enferma desde su nacimiento, jugaba con la misma agilidad que la otra, mirándola perfecta y completamente sana.

Vuelve á Arguédas á noticiar la aparicion de la Señora, publica sus favores, muestra su pierna curada; y el pueblo, lleno de regocijo, se apresura á ver á la excelsa Princesa. El municipio se entiende con el cabildo, y este, adornado con los ornamentos sagrados, y aquel llevando el palio, suben en lujosa procesion hasta el monte, entonan en su presencia cánticos de alegría que los ángeles llevan al trono del Excelso; y despues con gran pompa y llorando de placer por gracia tan señalada, la traen en andas á la Iglesia parroquial.

Aquí le hacen una funcion solemne; los arguedanos no saben salir del templo; los pueblos limítrofes, que oyen tan raro prodigio, se apresuran á venir á saludarla; y cual la reina de Sabá, exclaman á su vuelta: Mayor es la sabiduría, la gracia y hermosura de esta gran Reina, que el rumor que habemos oido; en venir ha sido corto nuestro trabajo, y es crecida la abundancia del descanso; nada es dejar nuestros pueblos y las comodidades de nuestras casas, para el gozo y recreo que se halla en torno de la graciosa Peregrina. Tal es la historia de la bella imágen, referida segun la cuenta la tradicion.

III.

SANTUARIO.

A cuatro kilómetros próximamente de Arguédas, y dominando cual atalaya que guarece los contornos, se halla la basilica de Nuestra Señora del Yugo, sobre la sierra de su nombre, cerca de las Bardenas reales. Desde esta santa casa se descubre un horizonte extenso, magnífico y sorprendente panorama, donde la mirada del espectador se recrea dulcemente con los cuadros diversos y encontrados que le forman, constituyendo un conjunto de majestad y embeleso. En una parte se ve con sus feraces riberas el caudaloso Ebro, que despues de una marcha reposada, cual si quisiera detenerse á contemplar y ofrecer su óbolo á la que es la alegría del orbe, corre presuroso y anhelante hácia la cesaraugustana ciudad, á bañar con sus aguas el santuario más grande que tiene España dedicado á María: á diestra y siniestra de sus corrientes llaman la atencion sorprendentes y hermosos valles, sábanas inmensas de deliciosa verdura, surcadas por cristalinos y beneficiosos raudales, donde el labrador encuentra el premio de sus fatigas en una pródiga y feraz naturaleza: allí pueblos y ciudades sin orden esparcidos se asientan muellemente en forma de anfiteatro, como cobijados al amparo de su materna! cariño: aquí se descubren llanuras en lo interior de las sierras, que, abundoso pasto brindan á los rebaños: más á lo lejos el enorme Moncayo y el extenso Pirene, vestido con su eterno y blanco capuz, parece que la saludan: en derredor, en fin, otros valles, y otras alturas, perdidas en lontananza, haciendo coro

con tanta grandeza, forman la valla admirable del sagrado territorio que la bondadosa Señora bajo su protección acogiera. En todo Navarra no hay paraje ciertamente más delicioso, ni que más poesía reuna, que el que eligió para su morada Nuestra Señora del Yugo. Volvamos al santuario.

La fábrica, excepto los dos metros escasos de piedra que suben desde los cimientos, es de ladrillo; y tanto por la parte exterior como por la interior es de figura de una cruz. La fachada principal, que da al occidente, tiene algunas labores como en relieve: cuatro pilares con sus cornisas y dos nichos que resguardan las imágenes de bulto de San Estéban y Santa Bárbara, patrones del pueblo, rematando con la abertura para la campana, orlada con idénticas labores. La pared que da al mediodía está enlazada con la casa, que contiene grandes salas, y en la que habita el ermitaño. La extensión de la Iglesia es de 240 metros cuadrados. El techo le forman siete naves, cinco correspondientes al cuerpo y dos al crucero. Las tres de atras son completamente iguales, la correspondiente al presbiterio algo menor, así como las laterales, y la del centro de la cruz, que trabada á las cuatro que la cercan afecta la figura de una media naranja cóncava y elíptica, se asienta sobre los cuatro pilares, en que terminan los ángulos de los muros interiores; apareciendo en los espacios que dejan la elipse y los cuatro arcos las efigies de los evangelistas, pintados muy á lo vivo.

Las paredes están adornadas con un cuadro de la Virgen del Yugo; otro de Nuestra Señora del Carmen; otro, bien pintado, de San Francisco Javier, predicando á los infieles en el campo; otro de San José, tambien bueno, otro de Santa Eufemia, y otros dos menores.

Ya se ha hecho mencion de las dos capillas que forman el crucero: una está dedicada á San Roque, y la otra á San Gregorio; las dos tienen sus retablos correspondientes.

En el retablo del presbiterio, adornado con cuatro columnas al estilo compuesto, y de prolija exornacion, resalta en primer término el nichosolio de Nuestra Señora. La imagen de Nuestra Señora del Yugo es la misma que apareció. Tiene niño y es de alta 73 centímetros: el rostro, ovalado é inclinado modestamente hácia adelante no carece de expresion y belleza, tanto más de notar, cuanto más de cerca se le mira.

El resto del retablo ofrece nueve cuadros que representan misterios de la vida de Jesus y de Maria.

A la derecha del presbiterio tiene su entrada la sacristía, pieza adornada con un lavador de jaspe del país, dos espejos, ropero-mesa, los cuadros de los milagros, de que luego se hablará, algunos otros cuadros, entre los que están dos pequenitos de jaspe blanco representando en relieve las bodas de Caná y Moises sacando agua en el desierto, y una cruz de madera, formada de otras muchas crucecitas, que no deja de llamar la atencion. En uno de los extremos se hallan las andas de la Virgen.

A la izquierda de la sacristía está el camarín, risueño gabinete que da al oriente, y que ostenta los siguientes cuadros pintados en las mismas paredes. 1.º El santo sepulcro de Nuestro Señor sobre la gran mesa-altar y debajo del nicho de Nuestra Señora, que está cerrado con puertas cristales. 2.º La anunciacion de Nuestra Señora. 3.º El acto en que el cabildo, la corporacion municipal y el pueblo saludaron por primera vez en el monte á la Señora despues de su aparicion.

4.º San Estéban. 5.º San Lorenzo. 6.º La huida á Egipto, donde aparecen Jesus y María montados sobre un jumento, seguidos de S. José, y delante un gracioso ángel abriendo la marcha; todo de primorosos contornos, circunstancia que concurre en los demas. 7.º La presentacion de la Virgen.—Si claramente no se conociese que este departamento con la mitad de la sacristía eran de época posterior al resto de la fábrica, algunas lijeras imperfecciones, que se observan en el colorido de algunas figuras y que no están en armonía con la facilidad y esbeltez de las formas, darian lugar á presumir que estos cuadros debieron ser retocados, andando el tiempo, por otro artista ménos ágil que el primero.—El cielo raso está pintado en relacion con las paredes del camarín.

Nota. Sobre el cuadro que se ha clasificado con el número 5 hay otro de lienzo de grandes dimensiones, que representa el mismo acto. Este cuadro lo subieron de la parroquia en 1864, y es inferior en mérito al que queda oculto, si bien algo deteriorado; causa que debió quizá motivar el ponerle delante el que hoy aparece á la vista.

IV. MILAGROS.

Lástima grande por cierto, y nunca bastante sentida es la desaparicion de los escritos que se refieren á Nuestra Señora del Yugo. Acaso tambien para este punto encontrariamos en ellos nuevas pruebas de su munificencia y largueza, que hicieran más brillantes estas líneas. Por lo que, para obrar con cordura, únicamente referiré aquellos prodigios, que todos los del

pueblo saben, y de algunos de los cuales han sido testigos los que viven en la actualidad.

Además del irrecusable que obró la Santísima Virgen en el labradoreito, curándole la pierna, se pueden referir:

1. La radical y momentánea curacion de una señora, á quien sin esperanzas de vida encomendó su marido á Nuestra Señora. Existe un cuadro en la sacristía de la basílica, que recuerda el prodigio. En él se representan dos escenas: á la derecha y en cama se ve la enferma, y á la izquierda y completamente separada del lecho la misma señora, ya sana, dando gracias delante de una imagen de la Virgen del Yugo. Al pié del cuadro se lee la siguiente inscripcion con muchas abreviaturas y superposiciones de letras: «Estando doña Francisca Temporal, mujer de D. Juan Estéban de Zegama, contador de S. M. y de los reales descargos, con un accidente de que en 28 horas estuvo sin esperanza alguna de vida, habiéndola encomendado á Nuestra Señora del Yugo y aplicado su santa imagen á la cabeza, se recobró del accidente y quedó sana. Y en reconocimiento envió esta pintura á su santa basílica: Madrid y Septiembre del año 1696.»

2. Mejor que el anterior hay en el mismo local otro cuadro, que figura á un cazador disparando un tiro. La escopeta arroja una llamarada, significando que se ha reventado. En la márgen inferior se leen estas palabras. «En 13 de Septiembre de 1719, don Diego Martin de Ciga cazando codornices en el término de la villa de Cadreita, se le abrió la escopeta por el culato hasta media vara, invocó á Nuestra Señora del Yugo y quedó sin lesion ninguna.» El mismo cañon de la escopeta, con la correspondiente abertura causada en la explo-

sion, se conserva, como recuerdo, colgado á la siniestra del presbiterio.

3. En la guerra de la independencia, siendo alcalde don Severino Murillo, un jefe francés, enconado sobre manera con él, se le acercó bruscamente y á quema ropa soltó el gatillo de la pistola por tres veces, apuntándole al pecho; el tiro no salió; habia invocado el alcalde al primer ademan del francés á la Virgen del Yugo, y el jefe extranjero irritado arrojó el arma al suelo.

4. Manuel Sanz, natural de Arguédas y vecino de Larraga era conducido atado á Francia con otros vecinos de esta última villa en la guerra de la independencia; y al llegar al puente de la Panuela, que está á la salida de Tafalla para Pamplona, invocó á la Virgen del Yugo, su paisana, le prometió visitarla en su basílica de Arguédas, y al momento quedó suelto de sus ligaduras, presentándose á la hora y media en Larraga.

Después fué á Arguédas á cumplir la promesa, acompañado de Francisco Sanchez, vecino tambien de Larraga, que aun vive, y de quien se han tomado estas noticias.

5. Los años 1854 y 1855 son de triste recuerdo en España. El cólera morbo se paseaba por su cielo con la guadaña de la muerte, causando desgracias sin cuento. No fué Navarra la provincia que menos sufrió el azote; y como á casi todos los pueblos del pais, hubo un tiempo en que á Arguédas tambien le tocara tan aciaga suerte. El espanto se habia apoderado de los ánimos; la camilla funeraria recorría lúgubre á menudo el tránsito que separa la villa del campo-santo. En tan críticos momentos tiene el cristiano un consuelo: la religion, que endulza todos los pesares. Acudieron, pues, á la

proteccion de la Virgen, refugio de los mortales pecadores; y en solemne procesion la bajaron de su santa casa. Caritativa Madre y Reina benigna, oyó inmediatamente las súplicas de sus hijos y las plegarias de sus siervos. Llena de gracia y majestad entró por las calles de su pueblo escogido: muchos atacados gemian en aquel instante en el lecho del dolor en las mismas casas de las calles por donde transitaba. Funciones solemnísimas se le tributaron con el más ardoroso entusiasmo, con la piedad más sincera, con el más grande esplendor; y una sola de estas funciones, puede decirse, la del primer día fué de rogativa completa; en todas las demás se hicieron acciones de gracias con gratitud inmensa. Desde la hora en que Nuestra Señora saludó al pueblo no hubo que lamentar desgracia alguna; ni un sólo colérico dejó de sentir su maravillosa intercesion, su piadosa omnipotencia. Preguntad á los arguedanos por aquella memorable jornada, y sintiendo todavía en su corazon la acendrada [gratitud que por tantos títulos deben á su protectora, os responderán con sencillo entusiasmo: «En los días siguientes á la bajada de la Virgen, todos los atacados acudian por su pié al templo á dar gracias á la Señora.» Elocuente prueba, si cada cristiano no tuviera cien recibidas, de la bondad de tan tierna Madre.

6. En el verano de 1863 un horrible pedrisco hizo estragos en el país. El monte particularmente fué el objeto de las iras de la asoladora nube: las viñas quedaron desnudas de su pomposo follaje, y el fruto cayó por el suelo al golpe terrible de la piedra, ántes de llegar á la madurez. Un rincón, empero, permaneció ileso y pujante en medio de tal devastacion; el viñedo de Arguédas, los contornos de la basilica del Yugo. La Virgen habia ob-

sequiado otra vez á los hijos que acogiera con señalada predileccion. Todos al ménos atribuyeron á su bondad el prodigio; y así con piadosa elocuencia lo publicó D. Romualdo Arregui, natural de Arguédas y cura propio de la parroquia de Villafranca, en el sermon que pronunció por el dulce nombre de María en el célebre santuario de Nuestra Señora; exhortando al municipio á que elevara por gratitud á votiva la funcion que en dicho día era hasta entónces por piadosa costumbre. Así se hizo en efecto con aprobacion del diocesano; y con esto celebra la villa de Arguédas desde aquel año otra conmemoracion, de los favores que ha recibido de la Madre de Dios.

7. Otra desgracia con su formidable peso caia sobre Arguédas y pueblos comarcamos en 1867. La sequía con su mortífero aliento envenenaba los campos; y todos los labradores, y todos los que no lo eran traian los corazones envueltos en luto. Ya veian perdidos tantos afanes; ya columbraban el invierno próximo con el manto de la miseria; muchos hijos pedirian pan; y los [padres no tendrian pan para alimentarlos. ¿Qué hacer? En todos los pueblos circunvecinos se hacian rogativas, demandando piedad al Cielo, y Arguédas por último miró tambien á lo alto. La corporacion municipal, fiel intérprete de los deseos del pueblo, ordenó subir al Yugo, panacea universal que nunca se agota. Magnífica estuvo la procesion; tambien el día estaba brillante. Ancianos y niños, mujeres y hombres, casi todos derramando abundante cera, marchaban á la que es el remedio de todos los males. Algunos iban con los pies descalzos por el áspero camino, con cruces sobre los hombros y con vestidos de penitencia; y el clero cantaba la letanía de los santos, y á

continuacion cantó la lauretana. Cinco cuartos de hora despues entraba con el pueblo en el santuario, resonando en sus bóvedas los últimos acentos de la plegaria. Se cantó una solemne misa; cien ofrendas recibió la Virgen, mil súplicas volaron al pié de María de los labios de los fieles; tambien los niños oraron, y la Madre de la misericordia se apiadó de los inocentes. Justamente tuvimos tiempo, (porque el que escribe fué uno de los asistentes) de llegar al pueblo sin mojarnos. El cielo se iba cubriendo con su manto oscuro y triste, en aquella ocasion alegre, y una benigna lluvia, como cernida por las nubes, refrescó primero las plantas secas, y otra más abundante por la tarde trajo del Cielo el dorado grano que el labrador creia habia de brotar de la tierra.

Si para perpetua memoria se pudieran escribir las gracias obtenidas por intercesion de Nuestra Señora del Yugo, sin duda que habria que hacer un libro separado; puesto que en tan corto período se han recibido las tres últimamente referidas, sin contar otras muchísimas que no han metido tanto ruido. No dejaré sin embargo pasar en silencio un suceso, que tiene todas las muestras de tal.

Los que hayan visitado la basilica saben que, ademas del camino de carro que á ella conduce, hay á trechos otros más breves y pendientes, por donde sólo suben caballerías. Por uno de estos, pues, por la cuesta llamada roya, y yendo dormido el que habia de guiarlo, enderezaron las caballerías el carro que arrastraban, llevándolo por el angosto paso que da á un profundo barranco. Enseguida de cuyo peligro despertó el carretero, erizado de lo que le podia haber sucedido.

NOTAS QUE PROCLAMAN LA CELEBRIDAD DE TAN BELLA IMÁGEN.

Empezaré por la enumeracion de adornos, joyas, vestidos y ornamentos.—Tiene dos hermosas coronas de plata sobre dorada para la Virgen y el Niño.—Dos rostrillos, uno con piedras de bonitos colores, y otro con dos filas de perlas al rededor.—Una aguja de plata con diamantes figurando una estrella.—Una cadena de oro de la que pende una crucecita, regalo de D. N. Bobadilla.—La faja y banda con preciosos entorchados del general Lapeña, de Valtierra.—Otra faja, un hermoso cáliz de plata, y dos candeleros tambien de plata que regaló el Excmo. Sr. D. José Clemente, natural de Arguédas, Mariscal de los ejércitos nacionales, caballero de la orden de Isabel la Católica, y condecorado con varias cruces de distincion; y cuyas cenizas descansan en la misma basilica desde el año 1841.—Las cruces de honor de ambos generales.—Cuatro casullas y otros objetos, que igualmente donó á Nuestra Señora el Ilustre Dr. D. Teodoro Galarza, doctoral que fué de la Colegiata de Tudela, y canónigo despues de las catedrales de Tarragona y Barcelona respectivamente; cuyo señor falleció en Arguédas el 29 de Julio de 1868, y se enterró, segun su voluntad, en la misma basilica al lado del general Clemente.—Una porcion de mantos, algunos bordados y ricos.

Hubo antiguamente una cofradía con el título de la Virgen del Yugo, que hace bastantes años se extinguió.—Hasta hace unos 48 tenia un capellan, nombrado por el patronato, el cual residia en la espaciosa casa que

acompaña á la basílica. Desde esta época, merced á la desamortizacion que se llevó los bienes raíces que la piedad de algunos devotos legara con destino al culto de la Señora, sólo vive en la casa la familia del ermitaño, que se mantiene con las limosnas de los fieles, y está obligado á sostener el alumbrado y hacer la limpieza.

La fiesta en que se conmemora la aparicion de tan hermoso simulacro se celebra el 25 de Marzo, anunciacion de Nuestra Señora y encarnacion del Vervo divino; y si no es posible celebrarla en este dia, como acontece algunos años en que el dia 25 es de semana santa, se traslada al segundo de Pascua de Resurreccion.

El cabildo y el Ayuntamiento asisten con el pueblo en procesion, entre multitud de gentes de los contornos, que tambien acuden á la misa y sermon, dando á la fiesta el carácter de una religiosa romeria.

Hasta el 1865 se visitaba tambien por el pueblo en otros dias del año, como el de S. Gregorio y cruz de Mayo; práctica que se suspendió por haber quedado reducido el cabildo.

En 1864, con el objeto de que el vecindario pudiera cómodamente prestarle sus homenajes, mandó el Ayuntamiento tallar de madera una imágen con niño, teniendo á sus pies el yugo y el pino, bajo la advocacion de Nuestra Señora; y ocupa el lugar del tabernáculo de la iglesia parroquial, gracioso y esbelto templete, arreglado al órden compuesto, con relieves en cuatro fustes de las ocho columnas que lo sostienen; pero cuya exornacion guarda el justo medio entre la prodigalidad fastuosa y la severa desnudez. Velando tan primorosa escultura estuvo hasta el mismo año un cuadro con la efigie tambien de Nuestra Señora, que se conserva actualmente en la sala capitular.

Ya se ha hecho mencion del voto que hizo el pueblo de celebrar otra fiesta en el dia del dulce nombre de Maria, cuya obligacion se cumple puntualmente.

Otras funciones encargadas por particulares de dentro y fuera de Arguédas han tenido lugar en la basílica, siendo notoria la devocion que á la sagrada imágen le tienen los pueblos circunvecinos. Prueba de ella es la salve que se le canta por el cabildo de Villafranca en un punto consabido, de donde se distingue el santuario, al volver el dia de S. Pedro de la ermita consagrada á este Santo; y una lápida que existe en el camino que va de Tafalla á Ujué, á ocho leguas próximamente de Arguédas, tambien en paraje desde donde se divisa la basílica, en cuya piedra se leen estas palabras:

Aquí se reza una salve á la Virgen del Yugo.

En el siglo pasado debian obsequiarla con novena propia, segun se desprende del escrito que dirigió el ya mencionado Sr. Gomeza á la Corporacion municipal, que á mediados del siglo pasado tenia la potestad de nombrar los vicarios de la parroquia de Arguédas; cuya parte interesante á este librito, dice literalmente así: «Aquí sí que pudiera dilatarme en referir algo de lo mucho que debe V. S. á esta su patrona; de las maravillas que ha obrado el Altísimo con sus devotos; de la conmocion de todo este pais cuando se trae á mi parroquia en rogativa; de la solemnísima novena que se le hace; pero hasta acordar á V. S. lo sucedido el año pasado de 1750, desde el dia 12 hasta el 22 de Abril, que no hubo dia en que no viesen nuestros ojos maravillas; tanto, que volando la fama por toda esta tierra, se llenó, no sólo la iglesia de forasteros de catorce ciudades y villas, con tan devoto desórden, que ni V. S. pudo ocupar su asiento para oir el sermon, ni el cabildo pudo bajar al

suvo, ni aun tuvo en el coro disposicion para acercarse á la barandilla; porque toda la iglesia estaba llena, y todo el atrio y plaza contigua en la misma forma, esperando salir á unos para entrar otros, y subiendo el número de las gentes de todos estados á más de mil personas, que con sagrada envidia llamaban, y con razon, feliz á V. S., más que por la nobleza y antigüedad de sus blasones, más que por las reales donaciones y privilegios, más que por las grandes rentas que posee de yerbas y aguas; por la inestimable prenda de tener en su término este imponderable tesoro, con la gloria de estarle venerando hace más de siete siglos, sin haberse interrumpido el culto á este hermoso simulacro desde que apareció al labrador, aun en aquel desgraciado tiempo, en que por esta tierra se tremolaban con horror de los católicos las banderas de Mahoma.»

Indulgencias. Además de las concedidas por señores Obispos de Tarazona y Pamplona se puede hacer mencion del siguiente rescripto de Su Santidad.

PIO IX PAPA.

A todos los fieles de Cristo que las presentes letras vieren, salud y bendiccion apostólica. Inclinados por piadosa caridad á aumentar la religion de los fieles y la salvacion de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos y cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, que, verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados, visitaren devotamente el Santuario, que en honor de la Bienaventurada Virgen María con el título del Yugo está situado dentro de la jurisdiccion

de la parroquia de la villa de Arguédas, diócesis de Pamplona, en las festividades de la Natividad, Anunciacion y Asuncion de la Bienaventurada é Inmaculada Virgen Maria, dominica infra-octava de la Natividad de la misma Inmaculada Virgen Madre de Dios, y en la tercera dominica del mes de Setiembre, desde las primeras visperas hasta el ocaso del Sol de estos mismos dias, y en el viérnes de la dominica de Pasion desde la salida hasta la puesta del Sol de este dia, en cada año, y en cualquiera de los dias predichos dirigiesen allí fervorosas preces á Dios por la concordia de los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la Santa Madre Iglesia. Además, á los mismos fieles cristianos, que, arrepentidos á lo ménos de corazon rogaren en cualquier dia devotamente como se dijo arriba, delante de la imágen de la Bienaventurada é Inmaculada Madre Virgen, expuesta á la pública veneracion en el mismo Santuario, condonamos en la forma acostumbrada de la Iglesia cien dias de las penitencias á ellos impuestas, ú otras que por cualquier otro concepto debieren. Cuyas indulgencias y cada una de ellas, remisiones de pecados y alivios de penitencias concedemos graciosamente en el Señor que se puedan aplicar tambien por modo de sufragio á las almas de los fieles cristianos, que han pasado de esta vida, unidas á Dios por la caridad. Las presentes gracias valdrán solamente por diez años. Dado en San Pedro de Roma bajo el Anillo del Pescador á 17 de Diciembre de 1869, año vigésimo cuarto de Nuestro Pontificado.

Por el Sr. Card. Paracciani Clarelli
Fr. Profli, sustituto.

VI.
COINCIDENCIAS.

Discurriendo el P. Arévalo sobre las dos épocas en que suele celebrarse el día de Nuestra Señora, sobre su aparición en el monte y particularidad del yugo, presenta pensamientos tan bellos, singularidades tan graciosas, que deja el alma como embebecida siguiendo las agradables escursiones de su sutil ingenio. Me parece que no podría terminar mejor este relato que dando á conocer á mis lectores algunas de estas bellezas, siquiera sea sucintamente, para que gocen como él gozaba con las profundidades del amor de la Reina de los cielos.

En la fiesta de la anunciación, dice, así como Jesus se sujetó al yugo como hombre, María mostrándose sobre el yugo, nos está dando á entender que tambien ella se sujeta por amor á nosotros, guardando á imitación de su Hijo, lo amargo para sí, y dejando para nosotros lo dulce. Y cuando esta festividad se celebra por Resurrección, vemos á María que viene peregrina de las Indias de la gloria: apénas ha recibido los consuelos de su Hijo resucitado, baja amorosa y anhelante con todas sus riquezas y tesoros á ofrecer la flota de sus glorias á beneficio del pueblo de Arguédas.

En la encarnación contrajo el Verbo desposorio con la naturaleza humana, es de S. Gregorio la sentencia; y Maria con el amable título del Yugo nos está diciendo que tambien está unida por amor á nosotros, á su pueblo amado.

Luego apostrofa á la Señora, y le dice: ¿A donde venis, Emperatriz suprema, en este día en que os bus-

ca toda la Trinidad Santísima? Qué venis hacer á la baja tierra, dejando por ella la hermosura de los cielos? No puede imaginarse sin horrible blasfemia que huis ó desdeñais tan inmensa grandeza, viniendo á esta montaña; pero eso mismo arguye la cumbre suprema de honras que dispensais á este pueblo, siendo nuestra maestra, huerto de delicias y casa dorada, donde los hijos pueden vivir libres de las torpezas, iras y crueldades infernales.

Dice Isaías que habrá un monte de tan procer elevación, que las cumbres más altas sólo servirán de escalabel á sus plantas. Y María es este monte, que descuellosa sobre todo lo criado, aunque las criaturas sean las más santas que ha habido ó hay en la tierra, y las más elevadas por su hermosura y encendido amor, como los serafines y querubines que moran en la celestial Sion. —Y á este altísimo monte, dice, correrán presurosas, como rios, todas las gentes. Y es á la letra lo que sucede en el Yugo; porque habiendo elegido la eminencia la soberana Reina, vienen al abrigo de Maria todas las gentes de ciudades, pueblos y villas; y si alguno padeciere el achaque de incrédulo, puede curar con el desengaño de venir á verlo.

Jacob vió la escala del cielo, publicando despues á todo el mundo que no divisaba otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo. Y no omite reflexionar que una sola puerta de la gloria vió Jacob; y en el monte, en la casa de Maria, si se atiende á la figura y artificio del yugo sobre que descansa, se notan dos arcos, que indican dos puertas. ¿Será la segunda María? Puerta del cielo la llamamos efectivamente todos los días en la letanía. Y si fabuló Ovidio, como refiere Verdadero, que estando el sol próximo á su nacimiento, la aurora abre

las puertas del cielo, y al abrirlas llueven rosas para delicia del mundo; en el día de la anunciación la verdadera aurora, María del Yugo, que tiene al Sol divino en el cielo de su purísimo tálamo, después de tantos siglos esperado, quiebra los candados, y comienza á abrir las puertas celestiales, para inundar de divinas fragancias al universo.

«Si todos los ángeles y santos son los montes elevados sobre que la altura de María comienza, en expresión de S. Gregorio y S. Alberto Magno, ¿cómo elige esta Señora por peana, por cátedra y trono de su magestad lo humilde de un yugo? Este sirve para agoviar y sujetar ligados á los brutos, y á su violencia se hacen dóciles y mansos. Y fué arte y estratagemata de la peregrina Reina, para atraer y domesticar á los pecadores, brutos fieros, en frase de la Escritura, para que no corran desbocados á los precipicios de las culpas, sino que sujetos al yugo, se arreglen á los surcos ó líneas de las leyes divinas. Hijos de Belial, que es el demonio, nombra á los pecadores el libro de los Jueces; y da por motivo, que vivian sin yugo; porque solo los que hacen profesion de hijos del demonio huyen de ese yugo, que nos aprisiona para el cielo.»

«Encarnado el Verbo en esa aula sapientísima, se desposó con nuestra naturaleza; y declarando el misterio santo Tomas de Villanueva, dice: Esta bienaventurada Virgen nos da á Dios Hombre; esta con su hermosura le trae del cielo á la tierra, y cautivo de su amor se enlaza, se enreda con nuestra humana naturaleza. Del yugo hizo esta Señora trono para ser carroza del verbo encarnado; y si para tirar una carroza se atan al yugo dos bestias, estas por indignas se excluyen para conducir la carroza de María; porque para mover-

la, el mismo Dios en ese Yugo se abaja hasta hermanarse con nuestra naturaleza.»

Después de haberse divertido y recreado su espíritu por el camino, añade. Sujetad vuestros cuellos al yugo, que es el yugo de la sabiduría, como interpreta Cornelio, y recibid la disciplina ó enseñanza. Si quereis ser sabios, oidle, y aprendereis á salvaros ejercitando virtudes y aborreciendo vicios; y ciertamente que os podreis reir de los más profundos teólogos, y de los que en otras facultades son doctos; porque más y mejor que todos sabe el justo. Rindamos, pues, nuestras cervices á ese atractivo yugo de María, que es la cátedra de la sabiduría, en cuya escuela encontraremos la más preciosa y verdadera ciencia.

Debiendo continuar el enlace de las ocurrencias ó circunstancias de la fiesta, vuelve á preguntar: «¿Quién os trajo á esta desierta montaña, cuando para vuestra grandeza, la tierra toda no es para vuestros sacros pies decente alfombra, y los cielos son corto palacio á vuestra soberanía? Si hay en el mundo ciudades populosísimas, donde pudieran ser más frecuentadas vuestras aras, y más adoradas vuestras excelencias ¿por qué apareceis en esta soledad inculta, pues siendo tanta nuestra desidia y tibieza, apenas daremos un paso para admirar vuestra hermosura peregrina, ni aun para buscaros, poderosísima bienhechora? La respuesta á esta duda es tan cabal, como del misterio del día. Luego que nuestra Reina concibió al Verbo en sus castísimas entrañas, le trajo su piedad, dice Hugo Cardenal, á una montaña á saludar á Isabel, su prima, para que su hijo santificase al Bautista; y la misma fineza celebramos practicada en este día (día de la fiesta) por la gran Reina; pues concebido el Verbo, según el Evangelio

dicta, al instante y con la mayor presteza le trae su piedad á esta montaña, ó para visitar amorosa á los de Arguedas, ó para justificar con el fruto de su vientre á las almas, ó para no vivir un momento teniendo ociosa su misericordia.»

Maria trae el yugo para mostrar á sus hijos cariñosa, no aquel pesado del antiguo, sino el yugo suavísimo y ligero del nuevo Testamento; no aquella ley severa que contenía 208 preceptos afirmativos y 365 negativos, sino la ley de gracia y misericordia, la ley del Evangelio, que consta de los diez mandamientos del decálogo, reducidos á dos solamente, que los facilita con mas robustos y fuertes auxilios, con los merecimientos del Verbo encarnado, por los cuales somos salvos, y con los de su Madre Santísima y bienaventurados, cuyas almas gozan ya de la presencia de Dios.

Como oliva especiosa preconiza el Eclesiástico á nuestra Reina; como oliva de paz vino pues al monte. Y desde su egregio solio no cesadesde entónces declamar: ¡Oh vosotros! que pasais por el camino y puertas de mi casa, aceptad gustosos este yugo, que es el yugo suave de mi Santísimo Hijo; acercaos confiados á Mí, que en el día en que recibí al celestial mensajero, hollé, para vuestro bien, con mis plantas la cabeza de la infernal serpiente y el yugo del pecado que os legó Adán; y ahora os traigo en este yugo la verdadera enseñanza que os ha de descubrir el camino de la eterna felicidad, mientras correis desalentados por el destierro del mundo. En los dolores y en las alegrías acudid á Mí, que soy vuestra Madre; y particularmente en el postrer instante de vuestra vida mortal, dirigid los ojos á mi Santuario; para que el alma, separada del cuerpo que la encierra, venga á cobijarse en mi manto, y desde

este monte, la lleve á la celestial altura, donde se recree con la presencia de mi Hijo, cantando eternamente santas alabanzas.

LA MEJOR GLORIA DE ARGUEDAS.

LEYENDA.

INVOCACION.

Madre mia, dulce Madre,
Del divino Sol aurora,
Permitid que á vuestro manto
Humilde un hijo se acoja.
Inspiradle pensamientos,
Dad palabras á su boca,
Sencillas, tiernas, amantes,
Para que cante sonora
Vuestros maternos amores,
Vuestra visita graciosa
Al pueblo, que en poseeros
Tiene su dicha y su honra.
Si las gracias, que demando,
Me faltasen protectoras;
¿Cómo podría cantarla
Con mi voz áspera y ronca?
Mas sois mi Madre tiernísima,
Y amais al hijo, Señora;
Y su esperanza se llena
Siempre que ante Vos implora.



—46—

I.

ESPAÑA Á LA ENTRADA DE LOS MOROS.

Pardas nubes se pasean
Por el cielo de la España,
Perfilando en su carrera
Multitud de formas varias.
Aquí parece que hesan
Las lomas de las montañas,
Y sin tocarlas, ondean,
Y siguen ráudas su marcha;
Y hacen bien, porque la tierra,
De roja sangre manchada,
No mas ha de ennegrecerlas,
Que harto negras van sus alas.
Mas allá en monton ascienden,
Como legion de fantasmas,
Y desplegando sus trajes
Permanecen sosegadas;
Mas con su tétrico aspecto
Y su ceñuda semblanza
Al español, que cautivo,
Para mengua de su patria,
Hoy se ve en su mismo suelo
De la corva cimitarra,
Acompañan en la pena
Que devora sus entrañas.
Momentos hay en la vida,
En que los cielos retratan
Con admirables pinceles
Las afecciones del alma:
Se visten ellos serenos,

—47—

Si disfruta ella de calma;
Tempestuosos se presentan,
Al mirarla conturbada.
Por eso, naturaleza,
Hoy tristemente simpática
Con el dolor del ibero,
Quiere venir enlutada.
El sol, que durante el día
No se deja ver la cara,
Por el occidente vuela
A dar su luz á las aguas,
A retratarse en las ondas
Que jugueteando le aguardan.
Y las lindas avecillas
Que habitaban la enramada,
Y con no ensayados cantos
Alegraban la comarca,
Huyeron de las florestas,
Que quedaron solitarias.
Sólo la voz agorera
Del mochuelo se levanta,
De vez en cuando gimiendo
Desde la negra quebraja.
El silencio de las tumbas
Fuera el silencio de España,
Si los agudos silbidos
De aquilon no le turbaran.
En tanto, triste el ibero
Cuenta las horas amargas,
Contemplando sus desdichas
Y su honra mancillada.
Pide al sueño que dé tregua
A sus torturas infaustas,

Y el sueño, sordo á su ruego
De sus párpados escapa.
Quiere olvidar el baldon
Que pesa sobre su fama,
Y la memoria cruel
Delante con pertinacia
Triste cuadro fantasea,
Que destila hiel al alma.
En un un salon, alhajado
A la visigoda usanza,
En estrepitosa orgía
Ve caballeros y damas:
Todo es allí desvaneo
Y discordante algazara,
Y brindis interrumpidos
Por sonoras carcajadas;
Y chistes cuentan equívocos,
Y obscenas coplas se cantan,
Y los ojos centellean
Lúbricas, torpes miradas.
Macilentos los semblantes
A primer vista declaran
Que el deleite, todo vicio
A aquellos seres embarga.
Súbito tan negra escena
Desaparece por magia,
Mirando absortos los ojos
Cómo el espacio reemplaza
Un rio: cabe su márgen
Se distingue fina espada
De empuñadura luciente,
Y en sus no límpidas aguas
Con vueltas de blanco armiño

Un manto real sobrenada.
Cubre el rostro con sus manos
Por no ver tanta desgracia,
Quiere llorar, mas los ojos
Ni una lágrima le guardan.
«Partid, iberos, partid
Del corazon de la España;
El formidable agareno,
Esa indómita canalla
De un extremo á otro recorre
Las comarcas de la España;
Y en saña ardiendo y coraje
Todo lo ocupa y lo tala:
Abre los sagrados templos,
Lo más excelso profana;
Y vuestras castas esposas,
Y vuestras hijas del alma
En sus impúdicos labios
Pierden el bien que más aman,
Arrojando á vuestras frentes
Eterno baldon é infamia.
Partid, iberos, partid
Del corazon de la España,
En las montañas astures
La providencia os aguarda.
Allí lavareis la afrenta,
Levantareis vuestra fama,
Allí podreis rescatar
Del islamismo la patria.»
Tal es el valiente grito.
Que oyó atónita la España,
Lanzado por don Pelayo,

El adalid, cuya espada
Blandiera con los leales
De Jerez en la batalla;
Aquel, que en apuesto cuerpo
Lleva una alma bien templada,
El que de viciosa corte
Escapó sin una mancha;
Un corazon generoso
Que en hidalgo pecho salta,
Porque no puede sufrir
Tal deshonor y mengua tanta;
El piadoso caballero,
Noble nieto de un monarca,
A quien inspiran los cielos
La más inaudita hazaña.
Repuesta del estupor
Que los pechos embargaba,
Sobrellevando paciente
La providencial desgracia,
El fiero pasado brio
Recobra la gente hispana,
Removida por el grito
Que á nuevas lides le llama.
Quiénes ignoradas sierras
A colonizar se apartan;
Quiénes de viejos castillos
Hacen seguras moradas;
Quiénes viendo á la morisma
Que encima se les encaja,
Cual asolador torrente,
Cual devoradora plaga,
El yugo aceptan; mas ántes
Ocultan efígies santas,

Que adoran los corazones,
Que reverencian las almas.
Quiénes, contados por cierto,
Fijando en Dios su esperanza
Al bravo campeon acuden,
Que hácia Astúrias rumbo marca,
Llevando ricos tesoros,
Vasos sagrados y alhajas,
Que se pudieron librar
De la furia musulmana.

Marcha, marcha, fiel Pelayo,
Poca gente no acobarda;
No es la victoria del número,
Dios preside las batallas.

II.

LA APARICION.

Tras borrascosa tempestad bravía
Radiante llega bienhechora calma;
Después de luengos años de agonía
La paz recobra y libertad el alma;
Adalides bizarros á porfía
Al campo acuden á ganar la palma;
El signo de la Cruz reina brillante,
Disipando las sombras del turbante.

La diestra del Señor alzó el castigo,
Con que azotara un tiempo al pueblo hispano,
Y el iris de la paz nos tiende amigo
Desde Barcino al suelo lusitano;
Acrecienta María el tierno abrigo,
Que siempre pía nos brindó su mano;

Y á nuestra patria lega eternas glorias,
Que orgullosa conserva en mil historias.

Imágenes sagradas, que el ibero
En la invasion solícito escondiera,
Para que el moro sanguinario y fiero
En su ímpetu voraz no escarneciera,
Ora el pesado murallón severo,
Ora el duro terrón las acogiera,
Por do quier milagrosas reaparecen
Y en sus solios de nuevo resplandecen.

Monserrat, Magerit, Núria, Granada,
Teror, Ujué, Valencia y Barcelona,
Vich y Sevilla, Murcia y Peralada
De su alta fé reciben la corona;
Que María, su imagen adorada
Volviendo á sus altares, les abona
Graciosa protección, tiernos amores,
Mientras en ellas tenga servidores.

Mas el curso cortemos del relato;
Que el amoroso corazón inflama,
Y á Navarra volemos, donde grato
Resuena el grito que extendió la fama;
La Madre Virgen, sin mayor boato,
A nueva gloria y esplendor nos llama,
Repitiendo el prodigio dulce y buena
Junto á los lindes de la erial Bardená.

Sería poco más del mediodía,
De uno apacible, cual el alma pura;
Majestuoso pinar se distinguía

En el monte, á que Arguédas da cultura;
Cuando al frescor de la arboleda umbria,
Y en el césped, vestido de verdura,
Un solitario labrador reposa
De la áspera tarea fatigosa.

Sencillo en su vestir, breve y airoso,
Modesto en su actitud, revela claro
La posesion del corazón piadoso
Del hijo noble del país euscaro:
Y su semblante, que si bien no hermoso,
Nadie en fealdad le acusará de raro,
Adorable bondad de sí respira,
Y afecciones simpáticas inspira.

Al verle descansar tan dulcemente,
Como descansa el candoroso niño,
Mejor que un inactivo durmiente,
Pudiéramos decir, sin necio alíño,
Que medita extasiado, reverente
Junto al custodio fiel, que con cariño
Le sonríe gracioso y da la diestra,
Señalando el cenit con la siniestra.

No muy lejos del sitio designado,
Donde el colono con el ángel yace,
Una yunta de bueyes del collado
La débil yerba perezosa pace:
A corto trecho vese el tosco arado,
Fijo á la tierra, que tenaz deshace,
Para que arraigue fácil la semilla,
Cuyo lecho prepara la trailla.

Silenciosa la sierra se elevaba,
Que del Cielo el favor ha merecido;
Tan sólo misterioso se escuchaba
Del céfiro ligero el vago ruido,
Cuando del lado, que al oriente daba,
Suenan un robusto, desigual mugido,
Que en el acento una advertencia entraña
De haber notado alguna cosa extraña.

A la voz penetrante del vacuno
Nuestro buen hombre súbito despierta;
Y despues de mirar si viene alguno,
Y la explanada ver toda desierta,
Conociendo que es tiempo ya oportuno,
De nuevo á trabajar ráudo se apresta,
Disponiendo paciente los objetos
Que á los bueyes obligan á ir sujetos.

Mas al volverse hácia el torcido yugo,
Que dejara á los pies de un recto pino,
Que hora aventaja á los demás en jugo,
Halla ¡oh milagro del poder divino!
Entre las ramas, do habitar le plugo,
Un simulacro hermoso, peregrino
De la preciosa perla nazarena,
De la Virgen que está de gracia llena.

Atónito á su vista y trasportado,
Y en consolantes lágrimas deshecho,
Cae en tierra, de hinojos prosternado,
Fuerte latiendo su sencillo pecho:
Y de gozo purísimo embriagado,
Si no el oído, el corazón de hecho,

Percibe estas palabras de consuelo
De la gloriosa Emperatriz del Cielo.

«Esta es la sierra mística, que elijo,
Para el bien general de tus hermanos;
Aquí mi trono de clemencia fijo,
Donde alentados vengan los cristianos
A recibir el don, amado hijo,
De mis benignas, maternales manos;
Que al hombre gracias en donar propicia
Mi corazón encuentra su delicia.»

«Y ya que por amor su tierra hermosa
A bendecir llegué con mi presencia,
Amor exijo en prenda cariñosa
De su filial respeto y obediencia.
Publica, pues, mi visita prodigiosa
Al pueblo, donde pasas tu existencia;
Y que recuerde que el favor estriba,
En que siempre la fé mantenga viva.»

Tales razones en aquel momento,
Inspiradas acaso por María,
El labrador con singular contento
En su mente afanoso recogia.
Poco despues haciendo acatamiento
Ante la Virgen generosa y pía,
De su augusta presencia se apartaba,
Y á ejecutar sus órdenes volaba.



III.

UN NIÑO DÍSCOLO.

Por la senda tortuosa
Que al monte guía,
Y el arguedano llama
Santa Lucía,
Sin ver, do pisa,
Un hombre venerable
Baja de prisa.

Habitual debe serle
Este camino
Y sus altas pendientes,
Pues que con tino
Y tal presteza
Por él sus largos pasos
Ráudo endereza.

La anhelante impaciencia
De su semblante
A las claras nos dice
Que el viandante,
Sin otra prueba,
Portador es de fijo
De alguna nueva.

Y de nueva felice
Y encantadora,
De esas que el alma dejan
Arrobadora;
Que se ha notado,

Que nuestro hombre desciende
Alborozado.

Ora al pueblo dirige
Su vista amada,
Cual si llegar pudiera
Con la mirada:
Ora al celaje
Que esplendente corona
El paisaje:

Ora eleva los ojos
En sus anhelos,
Cual si cruzar pudiera
Los altos cielos;
Y solitaria
Con sus labios envía
Una plegaria:

Ora ufano recoge
El pensamiento,
Y en su interior se goza
Por un momento
Con los favores,
Que dispensa la Reina
De los amores.

En tan dulces coloquios
Baja abstraído,
Con su dicha inefable
Embebecido;
Cuando sucede
Un percance, que nadie
Huirlo puede.



—58—

Al compás de los pasos
Que el hombre daba,
Una voz á la espalda
Semientonaba:
«Uno... dos... tres...»
Y con mayor malicia:
«Cojito es.»

Cojo por cierto y mucho
Es en efecto,
Y desde tierno niño
Tiene el defecto;
Y ni otro nombre
Dan algunos detras
A nuestro hombre.

Mas de esto á que paciente
La burla sea
Del imberbe mozuelo,
Que se recrea
En la vagancia,
Convenir es preciso
Que hay gran distancia.

Vuelve presto la vista,
Mas nadie viendo,
El camino prosigue,
Y va diciendo:
«Virgen María,
Perdona á ese muchacho
Su groseria.»

«Quizás ¡ay! pobre niño

—59—

Y desvalido
Por el mundo engañoso
Anda perdido,
Sin una mano
Que amorosa le enseñe
A ser humano.»

«Quizás ¡ay! de la vida
Por los abrojos
Aturdido cruzando
Va sin enojos,
Sin un amigo,
Que consejos le dé,
Ni pan, ni abrigo.»

«Quizás ¡ay! triste huérfano
Abandonado,
A sus padres cien veces
Habrà llorado;
Virgen María,
Compasiva le llama.
Sé Tú su guía.»

El labrador piadoso
Aquí llegaba,
Cuando la voz de léjos
Le replicaba:
«Uno... dos... tres...»
Y el compás prosiguiendo:
«Cojito es.»

Mas ¡el leal mensajero
Ya no la oía,



—60—

Que traspuesto la falda
Postrera habia;
Y presuroso
Por las calles de Arguédas
Iba gozoso.

IV.

EL MILAGRO.

Dice, lector, cierto libro
Que el bien y el mal, apartados,
Andan con nombres trocados
Por esos mundos de Dios.

Y en verdad, que de continuo,
Nos enseña la experiencia,
Que con opuesta apariencia
Suelen caminar los dos.

Esa miseria invencible,
Que abruma al pobre paciente,
Parece al pronto á la mente
Parto del genio del mal;

Y acaso con la opulencia
El humilde proletario
Fuera soberbio, falsario,
Y alcanzara un fin fatal.

Esa colosal fortuna
Que el rico avaro atesora,
Creyérase que en buen hora
Derramó el ángel del bien;

Y quizá pago es suplido
De algo bueno que va haciendo

—61—

Para que en día tremendo
Justas las cuentas estén.

Hoy con desusado modo
Una dicha inesperada
El alma deja colmada
De indefinible placer;

Mañana, suerte inconstante,
Como de ella desprendida,
Una desgracia perdida
El gozo viene á romper.

Otras veces, juicios altos,
Del dolor que nos oprime,
Del fracaso, por que gime
Nuestro pobre corazon,

El Dios bondoso, que mira
Nuestro penar desde el cielo,
Saca inefable consuelo,
Regalándonos un don.

¿Qué humano entendimiento,
Qué finita inteligencia,
Con su limitada ciencia,
Con su menguado saber,
Penetrará los arcanos
De aquel Ser Omnipotente,
Que con una voz potente
A cielo y tierra dió el ser?

Sólo á los hombres es dado
Conocer lo que El revela,
Lo que con tino y cautela

Quiere conozcan por fin;
Y bendecir humildosos
Su Providencia paterna,
Que vela en el mundo tierna
Del uno al otro confin.

Plugo á sus sabios designios,
Que la nueva prodigiosa
De la aparicion graciosa
De la Virgen de Judá,
Por exceso de prudencia
No creyera el arguedano,
Atribuyendo á su hermano
Alucinacion quizá.

Y de este aparente daño,
De este breve descreimiento,
Vino por consentimiento
Y sacra disposicion,
Una fina recompensa
Para el labrador ilustre,
Gloria nueva, nuevo lustre
Para la alma aparicion.

Era al declinar la tarde:
El diligente emisario,
Que al pueblo fué solitario
Con la mision celestial,
Hora á la sierra regresa
Algun tanto entristecido,
Por el desaire sufrido
En su suelo natal.

Y llegando á la imagen
De la excelsa Virgen pura,
Que respirando dulzura
Espera al enviado allí,
Ante la faz soberana,
Que alado querub se humilla,
Respetuoso se arrodilla,
Y amante le dice así:

«Sagrada Virgen María,
Consuelo del afligido,
Madre del divino Ungido
Y del celestial amor:
Mira postrado á las plantas
De tu singular alteza,
Abismado en su bajeza
A tu humilde servidor.»

«A traerte vengo el éxito,
Que ciertamente no ignoras,
Del mensaje, que ha tres horas
Me encargara tu bondad;
Ya lo sabes, mis paisanos,
Que tu dignacion oyeron
De mis labios, no creyeron
Del prodigio la verdad.»

«Mas, confiado en el cariño
Que nos tienes, Madre mia,
De tamaña rebeldía
Otro bien espero yo;
Que no en vano esta alta cumbre,
Que extendida se levanta,



—64—

Has hollado con la planta,
Que al demonio quebrantó.»

«El lazo que á Ti nos une,
Bellísima nazarena,
Has venido, de amor llena,
A estrecharlo más y más;
Brille, pues, en este monte
Tu hermosa imagen bendita,
Donde en continua visita
Al arguedano tendrás.»

«Y los pueblos comarcanos,
Por tu beldad atraídos,
Por el favor removidos
Que alcazaremos aquí,
Ganosos de tus amores,
De tus maternas bondades,
Vendrán en todas edades
A prosternarse ante Ti.»

«Y en el modesto santuario,
Que en tu honor levantaremos,
Y que á cabo llevaremos
Con tu auxilio y tu virtud,
Tendrá la cristiana Arguédas
Un blason para su historia,
Su proteccion y su gloria,
Su alegría y su salud.»

«Y este hijo tuyo, aunque indigno,
Que tu rostro vió el primero,
Con semblante placentero,

—65—

Mientras en el mundo esté,
Acudirá diariamente
A este sublime paraje,
A rendirte el homenaje
De su adoracion y fé.»

«Y en la dulce primavera,
Que es la estacion de las flores,
Ramos de todos colores
Arreglaré con amor;
Que al pié de tu régio trono
Luzcan sus lindos cambiantes,
Y llenen tu altar amantes
De su perfumado olor.»

«Haz que vengan, pues, al monte,
A ver tu imagen bendita,
Donde en continua visita
Al arguedano tendrás;
Y los pueblos comarcanos,
Por tu beldad atraídos,
Por tu favor, reunidos
En torno de Ti verás.»

«Tales eran las palabras,
Tal la plática sencilla,
Que á la Virgen sin mancilla
Dirigia el labrador;
Cuando sintió de repente
Que una cosa inexplicable
Con suavidad deleitable
Recorria su interior:

Levántase con presteza,
Dá algunos pasos lijero,
Y conoce placentero
Su curacion radical;
Pues la pierna, enferma ántes,
Expedita vé que juega,
Y el movimiento desplega
Con perfeccion sin igual.

Póstrase en tierra de nuevo,
Da gracias á la Señora.
Y comienza sin demora
Hácia el pueblo á descender;
Donde á los pocos instantes
La gente, de gozo henchida,
La milagrosa venida
Publicaba por do quier.

Así de un daño aparente,
De aquel breve descreimiento,
Vino por consentimiento
Y sacra disposicion,
Una fina recompensa
Para el labrador ilustre,
Gloria nueva, nuevo lustre
Para la alma aparicion.

V.

UN DIA GLORIOSO.

Rizados copos de esponjosa nieve,
de azul celeste y púrpura teñidos,

Flotando suaves en espacio breve,
Por el oriente asoman esparcidos:
Monton de blanca espuma, que se mueve
Entre esplendores claros y lucidos,
A cuya luz las sombras pavorosas
Huyen al occidente presurosas.

Es el alba gentil de la mañana,
Que al horizonte sonriendo sube,
Y el rico manto de zafir y grana
Extiende airosa por mullida nube:
Cabellera del Sol, fina y galana,
Rubia, como los rizos del querube
Que envía por la tierra sus primores,
Antes que nos visiten sus ardores.

De albores y celajes la morada
Del ser humano plácida se llena,
A cuya vista, el alma enamorada
Bendice al Criador y se enajena;
De bonancible paz señal marcada,
Preludio cierto de quietud serena,
Con que el cielo, benigno y generoso,
Honrar le place á un dia venturoso.

Con alegre semblante y halagüeño,
Y vestido de fiesta el arguedano,
Mostrando en el andar tenaz empeño,
Atraviesa las calles de temprano;
Y hácia la iglesia parroquial, risueño,
Do las campanas llaman al cristiano,
Para que asista á la funcion divina,
Felice y afanoso se encamina.

Todo revela fiestas singulares,
Precedidas de alegre romería;
Frontales blancos cubren los altares,
Las paredes tapiz de sedería;
Dos órdenes de cirios circulares,
Candelabros de rica argentería
Harán lucir el sólio nacarado,
Que entre flores esbelto han levantado.

Congregados los fieles á la hora,
Que en órden superior se estableciera,
El cabildo, con pausa arrobadora,
Ante el sólio se postra, que erigiera;
Y á la voz del vicario, que sonora
Entona el canto con unción sincera,
El pueblo con filial recogimiento
Camina en procesión á paso lento.

Acto sencillo, al par que majestuoso,
Que enternece piadosos corazones;
Bello ritual, ceremonial glorioso
Reservado á católicas naciones:
Tremolando en el viento caprichoso
Con largas borlas marchan los pendones,
Y tras ellos la Cruz, sacra venera,
Que en el Gólgota al hombre redimiera.

Llevando en hombros las doradas andas
Prosiguen cuatro hidalgos de la villa;
Los concejales con preciosas bandas,
De guante blanco y secular golilla,
Con flotantes y negras hopalandas
Sacan el palio; interinal capilla,

Que bajo finos y bordados velos
Cobijará á la Reina de los cielos.

Prestando brillo al acto religioso
Con capas y con cetros sale el clero,
Diciendo á coro un cántico armonioso
Del Sol divino al celestial Lucero;
y en pos del preste, grave y respetuoso,
Marcha por fin el brazo justiciero,
Que la brillante procesion corona,
Con el boato anejo á su persona.

Acabados los himnos y cantares
En la del monte próxima explanada,
Silenciosos ascienden y ejemplares
Hasta el pié de la sierra renombrada.
De nuevo allí entre pinos seculares
Resuena alegre la canción sagrada:
Obsequiosa expresion, cortés saludo
A la que vino á ser del pueblo escudo.

En redor de la imagen anhelantes
Centenares de gentes aguardaban,
Que intrépidas y ufanas horas ántes
La delantera á los demás ganaban,
Por ofrecer á Miriam galantes
El amor que los pechos anidaban:
La primicia mejor y más cumplida,
Que rinden á la que es dulzura y vida.

Con trabajo, entre tanta muchedumbre,
Pudieron los ministros del Eterno
Tocar dichosos la modesta cumbre,



Espanto desde entónces del averno;
Que, al resplandor de tan hermosa lumbre,
Sentíase tal paz y gozo interno,
Que todos dejar quieren paso exento,
Y nadie osa apartarse en tal momento.

Llegó el acto feliz. Júbilo santo
Irradiaban los rostros de los fieles:
Cuadro sublime de sin par encanto,
Que en vano bosquejara el diestro Apeles,
Aparece sin muestra de quebranto,
Dibujado por célicos pinceles;
Que es la abundante vida, en que rebosa,
Más que vida humana, vida gloriosa.

Oraciones fervientes se elevaban,
Al par de los armónicos loores;
Cuyos suaves aromas envidiaban
Fragantes plantas y olorosas flores.
Oraciones, que al punto arrebatan
Angélicos custodios brilladores,
Y volando, radiantes de alegría,
Al pie depositaban de María.

Fijos los ojos en la efígie bella,
Y alma y vida pendientes de los ojos,
Enfrente al pino, que gentil descuella,
Postrado el pueblo fiel yace de hinojos;
Mientras el preste, en torno de la estrella,
Que ilumina caminos sin abrojos,
Pausado eleva, con placer inmenso,
Gracias y nubes de oloroso incienso.

Entre efusiones de cordial ternura
La general salutacion termina.
La excelsa Virgen, llena de hermosura,
De las Indias celestes peregrina,
Levantada en las andas, do fulgura
Con dulce resplandor y luz divina,
Parece cobijar encantadora
Al pueblo todo, que filial la adora.

A bajar de la sierra se aprestaba
Con la imágen del Yugo refulgente,
Cuando un muchacho ven que penetraba
Resuelto por en medio de la gente,
Hasta llegar al sitio, que ocupaba
Junto á María el labrador ferviente;
Y humilde le ruega que sensible
Le perdone una falta aborrecible.

Es el travieso jóven, que en la cuesta
Le burlara dos veces desatento,
Y ante el inmenso público protesta
Contra su accion procaz y aturdimiento;
Y oyendo al labrador, que le contesta
Palabras de bondad, con gran contento
Se une á la procesion, que ya ordenada
Va caminando en marcha reposada.

Canoras aves, que á la Hermosa vieron
Cruzar por su vivienda solitaria,
Al cenit revolando se subieron
En caprichosa banda tumultuaria;
Y alegres en los aires prorrumpieron
En suaves trinos con su lengua vária,



Regalando á la Virgen con el canto
Hasta entrar en el templo sacrosanto.

Apenas á la madre de hermosura
En el dispuesto trono colocaron,
El himno sacro y la plegaria pura
La casa del Señor gratos llenaron;
Al compas de la armónica dulzura,
Con que á coros los ángeles cantaron
A la heredera de mi patrio suelo,
Gloria del mundo, admiracion del Cielo.

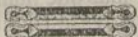
Hijas amantes de la gran Señora,
Con hacecillos de fragantes flores,
Se reunen en ánsia arrobadora,
Para arreglar guirnaldas de colores;
Y en redor de la efigie encantadora
Lindos templetes alzan brilladores,
Que embalsaman por todo el dulce ambiente,
Que á María acaricia reverente.

Jamas en muda soledad se viera
Desde entónces el templo esplendoroso:
Arguedanos y gente forastera
Con anhelo acudian religioso
A visitar la imágen hechicera;
Depositando en su regazo hermoso,
Con deleitable y amorosa calma,
La viva fe que diviniza el alma.

CONCLUSION.

Divina fe, resplandeciente faro,
Que en la mar procelosa de la vida
Al navegante muestras, que zozobra,
Derecho rumbo que hácia el puerto guía.
Aliento da tu luz vivificante
Al triste corazon, que en la sombría
Region de los mortales, nada encuentra
Que calme su ansiedad y su fatiga.
Poderosa virtud, fuerza admirable,
Que al hombre en más que hombre tornas mística;
Y á traves de los mares le conduces,
Para que plante allí la cruz divina,
Soportando con gozo los trabajos,
Y acaso por su Dios dando la vida:
Divina fé, circunda cariñosa,
Y ciñete por siempre al alma mia;
Bellos albores tras tu negra gasa
Con placer contempla embebecida;
Que no hay misterios ante ti del mundo,
Y, abierto libro, de futura vida
El velo rasgas, y en mi pecho infundes
El amor, la esperanza y alegría.
Virgen hermosa, cándida azucena,
Perenne manantial de poesia,
De amores, de bondad y de consuelo,
Bendita veces mil, siempre bendita.
Tú diste luz á mis velados ojos,
Cuando en noche fatal me introducía,
Y sembraste de flores mi camino,
Y arrancaste del paso las espinas;

Y con la entorcha de la fé luciente
Alumbraste mi mente compasiva,
Sacando del estancue cenagoso
Al alma, que hoy su ceguedad medita.
Por eso agradecida y amorosa
Estas sencillas líneas te dedica;
Dignaos recibirlas, y amparadme
En todos los instantes de la vida.



NOTA. Como este librito es muy fácil que vaya á parar en manos sencillas y demasiadamete crédulas, me parece oportuno advertir aquí, que cuanto se refiere al niño, que se burló del labrador, es pura invencion del autor, para evitar la monotonía del relato; circunstancia comun en las leyendas.

NOVENA

DE

NUESTRA SEÑORA DEL YUGO.

MODO DE HACERLA.

Es incompatible la verdadera libertad sin el espíritu de los hijos de Dios. Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad. El alma goza de este don del cielo, cuando, rotos los lazos que la tenían sujeta al pecado, puede correr y volar por el camino de la perfeccion: esta es la libertad cristiana. Cuando acudimos, pues, á venerar á María Santísima en su santuario debemos suplicarle encarecidamente que nos haga humildes, desprendidos, castos, mansos de corazon, sóbrios, caritativos, diligentes para el bien, y vencedores del mundo y del demonio, arrancando de nuestros cuellos los pesados y tiránicos yugos de los vicios y pasiones, que nos hacen esclavos; para que podamos vivir en una amable libertad, dentro de la cual se goza de la mayor dicha, que se puede lograr en este valle de lágrimas.

María Santísima, apareciéndose sobre el yugo, nos quiso manifestar sin duda, que la Señora jamás estuvo sujeta á ninguna especie de esclavitud; y así, podemos,

durante la novena, considerarla exenta:

En el primer día.	del yugo de la soberbia.
En el segundo	del yugo de la avaricia.
En el tercero	del yugo de la lujuria.
En el cuarto	del yugo de la ira.
En el quinto	del yugo de la gula.
En el sexto	del yugo de la envidia.
En el sétimo	del yugo de la pereza.
En el octavo	del yugo del mundo.
En el noveno	del yugo del demonio.

La novena debe hacerse en el santuario mismo de la Virgen Santísima del Yugo; y si esto no es posible, delante de una imagen de la Virgen de esta advocación.

La primera diligencia de quien ha de hacerla será la limpieza de la conciencia, recibiendo los santos sacramentos de la confesión y comunión, especialmente, si está en desgracia con Dios; para que la pureza del corazón acompañe á las palabras de nuestra lengua; pues produciría un concierto sumamente desagradable en los oídos de la Madre de Dios el eco de sus alabanzas, impregnadas del hálito de un corazón corrompido. Con razón nos diría entónces: «Pedis y no recibis, porque habeis pedido mal.»

Lo segundo que se debe tener presente al hacer esta novena es que se tenga un breve rato de oración, meditando sobre el asunto del día. Por ejemplo: en el primero, pensando en los estragos que causa la soberbia, y cuánto aprecia Dios la humildad; concluyendo la meditación considerando de qué manera tan brillante resplandeció esta virtud en María Santísima, y pidiéndole dos cosas: primera, que nos haga humildes; y segunda, la gracia que nos proponemos conseguir en la novena.

Antes de hacer esta meditación, es muy útil que nos

acordemos de que Dios está en todas partes, y por tanto en nuestra misma presencia; y dirigir con el alma una mirada al cielo, donde la Virgen nos está mirando compasiva, y se dispone á oír nuestras súplicas. Con esta composición se entra en la oración con más fruto.

DIA PRIMERO.

Contra soberbia, humildad.

ACTO DE CONTRICION.

Dios y Señor de las misericordias, uno en esencia y trino en personas, yo os reconozco por mi Dios y Señor, por mi Criador y Redentor. Creo firmemente cuanto teneis revelado á Nuestra Santa Madre, la Iglesia católica, apostólica, romana, en cuya fe deseo vivir y morir; y espero que habeis de lavar con vuestra preciosísima sangre todos mis pecados, y me habeis de dar la gracia en esta vida, y en la otra la gloria que me teneis prometida. Yo os amo con todo mi corazón, con todas las fuerzas y potencias de mi alma, y quisiera amaros con el mismo amor, con que os aman todos los justos de la tierra y bienaventurados del cielo. Y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa una y mil veces de haberos ofendido, y propongo con vuestra gracia no volver á pecar, y perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amen.



ORACION PARA TODOS LOS DIAS.

Soberano Señor de cielos y tierra, origen de toda luz, ¿de quien descende todo don perfecto; os suplicamos, Señor, que con vuestra mano poderosa abraís Vos mismo nuestros labios, para tributar alabanzas dignamente á María Santísima: iluminad nuestros entendimientos, para que conociendo las soberanas prerogativas de la celestial Princesa, la veneremos y obsequiemos como á Señora del universo: inflamad nuestra voluntad para amaros á Vos sobre todas las cosas, y para amar con el afecto más tierno á la Madre del hermoso amor. Y Vos, Virgen purísima, Madre de Dios y Madre nuestra, introducid secretamente en nuestros corazones los sentimientos que os agradan, y poned en nuestra lengua las palabras armoniosas que os deleitan: y en cambio de estos obsequios consigamos que Vos seáis nuestra tutela y amparo en la vida y en la muerte.

En la vida defendiéndonos de todos los enemigos de nuestra salvacion, librándonos del yugo y esclavitud de los vicios, de la corrupcion del mundo y de la tiranía del demonio; y en la muerte, tendiendo sobre nosotros el pálio de vuestra maternal proteccion; para que concluyendo esta peregrinacion en la divina gracia, lleveis nuestras almas de la mano y las presenteis á vuestro Santísimo Hijo, y este dulce y amante Redentor las corone de gloria y gocen eternamente en el cielo de su presencia beatísima en compañía vuestra y de toda la corte de los bienaventurados. Amen.

ORACION ESPECIAL PARA EL DIA PRIMERO.

¡Oh esclarecida Virgen María! yo os contemplo en

este dia atrayéndoos con vuestra profunda humildad los ojos de Dios en favor de los hijos de Adán. Por esta virtud os veo ensalzada sobre todas las criaturas humanas y angélicas, y enriquecida con todas las gracias y dones del espíritu Santo, para ser nuestra abogada ante el divino acatamiento. Por ella merecisteis ser el templo augusto donde habitó la divinidad corporalmente, concibiendo en vuestras virginales entrañas, más puras que el paraíso de la gloria, al Unigénito del Padre. ¡Oh humildísima Señora! ¿quién no siente en su corazón los trasportes de un deleitable júbilo al contemplar el acto, en que el celestial mensajero S. Gabriel fue enviado por Dios á tu solitario retrete, para anunciaros que Vos erais la Virgen, llena de gracia, escogida para ser la Madre de su Santísimo Hijo? ¿Qué pecho no se enternece suavemente, y se humilla y anonada, al escuchar las respuestas de sabiduría que disteis al embajador del cielo?

Suspenso estaba el juicio de la Trinidad beatísima, esperando vuestro consentimiento; pendiente de vuestros labios la mas grandiosa obra del amor de Dios para con el hombre; cuando con asombro del Cielo y la tierra, Vos, Virgen María, que estabais adornada de tantas grandezas, que erais y seréis siempre el mayor milagro del Criador, que estabais ya sobre todos los coros angélicos, no reconociendo otro mayor que á Dios; Vos, dejando encantada á toda la augusta Trinidad, exclamasteis humildemente: «Aquí está la esclava del Señor.» ¡Oh Madre de Dios y Madre nuestra! dignaos alcanzar de vuestro Santísimo Hijo que nos adorne con la virtud de la humildad, que transforma en ángeles á los más detestables pecadores, y arranque de nuestro corazón el pesado yugo de la soberbia, que tanto le desagrada, y que convirtió á los hermosísimos ángeles en horribles

demonios. Entronizad en nuestros pechos este don celestial, para que con su vivificante y sagrado óleo tengamos siempre encendida la lámpara de nuestras almas, á fin de salir con ella al encuentro de nuestro esposo Jesús en la hora de la muerte, y nos introduzca en las salas donde se celebran las bodas del Cordero. Y también os suplicamos, Señora, nos concedais lo que os pedimos especialmente en esta santa novena, si es de vuestro agrado y aprovechamiento de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera los estragos que causa la soberbia: no hay cosa que más aborrezca Dios. El menor de los ángeles importa más que todo el universo material; y sin embargo por un solo pensamiento de soberbia fué arrojada para siempre la tercera parte de los espíritus angélicos á las tinieblas del infierno. Suplica á María que te alcance la virtud de la humildad, y arranque de tu corazón el yugo de la soberbia; pidiéndole además la gracia particular que te propones conseguir en esta santa novena.

Ahora se hace la oracion mental por un breve rato.
—Y despues de terminada, se dice:

¡Oh Virgen y Madre de Dios! yo me entrego por hijo vuestro; y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos, y os suplico me deis gracia para no cometer jamás pecado alguno. Amen Jesús. Tres Ave Marias.

Madre mia, aquí teneis á vuestro hijo.

Madre mia, aquí teneis á vuestro hijo.

Madre mia, aquí teneis á vuestro hijo.

En Vos, Madre mia dulcísima, he puesto toda mi confianza; nunca quedaré confundido.

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, templo y sagrario de la Santísima Trinidad.

Acabada esta alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oracion.

DIA SEGUNDO.

Contra avaricia, largueza.

Dicho el acto de centricion que va al principio, y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

¡Oh Virgen Santísima, aparecida en este monte sobre el yugo, para oír, llena de benignidad, nuestros clamores, y socorrer todas nuestras necesidades espirituales y corporales; y para que conociésemos que jamás estuvisteis sujeta á ninguna clase de yugo, ni esclavitud: yo contemplo en este dia vuestro desprendimiento de todas las cosas de la tierra, en la cual vivisteis sin poseer ninguna con el corazón, que no fuera vuestro Santísimo Hijo, y entregando caritativa á los pobrecitos los frutos de vuestras desvelos. Yo repaso cariñoso

vuestra ejemplarísima vida, y veo que, siendo Reina y Señora del mundo, no tuvisteis mas que unos pobres pañales para envolver al divino niño recién nacido; ni otra cuna, ni otras conveniencias que un pesebre y unas pajas; ni otra ofrenda, para cumplir la ley al presentarlo en el templo, que la ofrenda de los pobres, un par de tortolitas. Libradnos, pues, compasiva Señora, del yugo de la avaricia; y haced que á imitación vuestra despreciemos las cosas de la tierra, que hemos de dejar, y pongamos nuestro corazon en el cielo, que es donde tenemos el verdadero tesoro, donde están las verdaderas riquezas; acordándonos de las palabras de vuestro santísimo Hijo: «Atesorad tesoros en el cielo, donde nadie os despojará de ellos.» Haced que aspiremos á estos bienes celestiales, para que allí tengamos todo nuestro corazon; y dignaos apartar de él la afición á los bienes de este mundo; para que libres del yugo de la avaricia, que ha llegado á apagar en muchas almas la antorcha de la fe, y hacerlas adorar los falsos ídolos, constantemente alumbrados por esa luz esplendorosa, alcancemos una dichosa muerte. Tambien os suplicamos que nos concedais la gracia particular que nos proponemos alcanzar en esta santa novena, si ha de ser para gloria de Dios, honra vuestra y provecho de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera, alma cristiana, los daños terribles que causa la avaricia. S. Felipe Neri asegura que más fácilmente se convierten los libertinos que los avaros; y que el que ama el dinero, no tendrá jamás piedad. Dadme diez hombres verdaderamente desprendidos,

dice el santo, y yo os respondo de convertir el mundo; pero no se puede ganar á un tiempo las almas y el dinero: presérvese el joven de la lujuria y el viejo de la avaricia, y seremos santos.—Y á qué estado redujo al apóstol Judas el amor al dinero?—Píde, pues, con instancia á María Santísima que te libre de yugo tan opresor y la gracia que desees conseguir en esta santa novena.

Ahora se hace la oracion mental por un breve rato.—Despues de terminada, se dice: *¡Oh Virgen y Madre de Dios etc.*, como en el primer dia; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oracion.

DIA TERCERO.

Contra lujuria, castidad.

Dicho el acto de contricion, que va al principio, y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Agraciada y siempre Virgen María, yo os contemplo en este dia, mostrándoos á vuestro escogido pueblo como Madre de toda pureza. Inmaculada desde vuestra concepcion purísima, tan léjos estuvo de Vos el yugo de la concupiscencia, que aun para admitir el grandioso tí-

tulo de Madre de Dios estuvisteis indecisa, hasta que el ángel os aseguró que vuestra virginidad no padecería el menor detrimento en la encarnacion y nacimiento del Verbo divino, sino ántes bien que resaltaría con más puros y embelesadores esmaltes; pues el Espíritu Santo vendría sobre Vos, y la virtud del Altísimo os haría sombra; siendo obra tan divina la que se iba á consumir en vuestras castísimas entrañas, que por excelencia sería llamada la obra de Dios. Os suplicamos, Señora y Madre nuestra, nos alcanceis de vuestro Santísimo hijo que disipe de nuestras almas todas las afecciones de la naturaleza carnal y terrena, y que nos envíe los rocíos celestiales de su gracia, para agradarle y agradaros con un corazón puro. Rogadle, clementísima Señora, que nos haga entender nuestra dignidad, pues somos vasos, donde está depositada su sangre preciosísima; para que, conservando la pureza debida, more en nuestras almas la Santísima Trinidad como en un jardín de delicias. Enviadnos luz, para que nuestros entendimientos se penetren de estas verdades, y podamos vencer los engañosos encantos de la concupiscencia y las seducciones de la carne, y ofrecer á Jesús nuestros pechos, llenos de honor y santificación. Apartad, Virgen de las vírgenes, nuestros ojos de las vanidades del mundo, para que no entre por ellos la muerte de nuestras almas; libradnos del yugo de la lascivia, para que vuestros purísimos ojos nos miren con complacencia; y concedednos finalmente la gracia que solicitamos en esta santa novena, si ha de ser para mayor gloria de Dios, honra vuestra y provecho de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera, alma cristiana, los estragos que causan los deleites desordenados de la carne. Por la lujuria vino el diluvio universal y llovió fuego del cielo, que abrasó las ciudades nefandas; y por ella han comenzado todas las herejías. Este vicio capital ha tenido parte en todos los trastornos del universo; y por él, dice S. Remigio, son pocos los que se salvan.—Te tiene la lujuria bajo su yugo?—Pues tienes profanado el templo del Espíritu Santo, que es tu propio cuerpo.—Pide á María Santísima que te libre de tanta esclavitud, y la gracia que deseas conseguir en esta santa novena.

Ahora se hace la oracion mental por un breve rato. —Después de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios etc.*, como en el primer día; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oracion.

DIA CUARTO.

Contra ira, paciencia.

Dicho el acto de contricion, que va al principio y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra



ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Virgen Santísima del Yugo, colocada por divina disposición en este santuario, para colmarnos de bendiciones. Consideramos con placer en este día vuestra exención del yugo de la ira, y contemplamos á vuestro inocente corazón lleno de mansedumbre. Jamas han cabido en él otros sentimientos que los de la paciencia y caridad más heróicas en medio de vuestros terribles padecimientos, interesándoos por los pecadores aun en el mismo día de la tragedia del calvario, en cuyo monte rogasteis, á una con vuestro Santísimo Hijo, por los mismos que le crucificaban y por todo el linaje humano. En nuestros oídos resuenan las lecciones divinas que nos disteis en vuestra preciosa vida, y las que nos dais desde este trono brillante. Aprended de mí, nos decís, que estoy llena de mansedumbre y humildad de corazón; yo fui preservada del yugo de la ira, y por esta razón no medito sino pensamientos de paz en favor de todos los pecadores: á todos os tengo dentro de mi corazón, y os amo como á las niñas de mis ojos. Os suplicamos, pues, Señora, que nos libreis del furor de esta pasión infernal, y alcanzadnos las luces de la divina gracia, para emplearnos día y noche en la meditación de vuestra paciencia admirable, particularmente de la que tuvisteis, cuando, anegada de amargura y dolor al pié de la cruz, mirabais, inocente paloma, con resignación á vuestro Hijo, hecho varón de dolores. Merezcamos de vuestra piedad que llenos de humildes sentimientos seamos en vuestra compañía, y siguiendo vuestras sabias lecciones, buenos discípulos del divino modelo, que entregó su santísimo cuerpo á los verdugos,

sin retirar su rostro de los que le escupían y abofeteaban; y también os pedimos que nos alcanceis la gracia particular, que deseamos lograr en esta novena, si ha de ser para gloria de Dios, honra vuestra y provecho de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera cuán impropio es de un cristiano dejarse llevar de la ira. Acuérdate que todos somos discípulos de Jesucristo, que se da á sí mismo el título de cordero, y de quien dijeron los profetas que no se oiría su voz en las calles. Imagínate á este Señor ante los jueces injustos y en manos de los verdugos, sin desplegar sus labios; y á María Santísima, llena de mansedumbre, también como cordera inocente, imitando fielmente á Jesús. Pide á esta Señora que te libre del yugo de la ira, y que te alcance la gracia particular que desees conseguir en esta novena.

Ahora se hace la oración mental por un breve rato. —Después de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios etc.*, como en el primer día; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antífona y oración.



DIA QUINTO.

Contra gula, templanza.

Dicho el acto de contricion, que va al principio, y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Virgen Santísima, amparo de cuantos os invocan en este santo templo; maestra soberana, que hablais al corazón de los que con verdadera fe vienen á visitaros en vuestra santa casa; en este mismo sitio os aparecisteis sobre un yugo á un sencillo labrador, dando á entender que Vos erais la tierra sagrada, que, laborada por el Espíritu Santo, produjo el pan celestial, que alimenta nuestras almas. Este fué vuestro precioso sustento en esta peregrinacion, recibéndolo todos los dias de mano del amado discípulo; y en este alimento del cielo encontrabais el sustento de las dos vidas espiritual y corporal; pues era tan parco el manjar, que tomabais para vivir, que más servia para ausentar la muerte, que para cebar el gusto con su sabor. Os suplicamos, Señora y maestra de todas las virtudes, que nos alcanceis la moderacion en el comer y beber, para que nuestros corazones, libres del peso que ocasiona la destemplanza de la gula, se hallen dispuestos para meditar, á imitacion vuestra, las eternas verdades. Haced que además de las abstinencias y ayunos, que nos prescribe Nuestra Santa Madre Iglesia, observemos una virtuosa absti-

nencia de todo lo que pueda desagradaros, y en el lleno de una libertad cristiana practiquemos la oracion, sin la cual es el hombre como un cuerpo inanimado; para que con su ejercicio no pongamos obstáculos á las divinas mercedes, y para que, apartando nuestra aficion de la gula, nutra nuestras almas con la contemplacion de las cosas celestiales. La gula fué el vicio que atrajo la justa ira del Dios contra el pueblo hebreo; y la abstinencia de Moises, la virtud que desarmó el brazo de la cólera divina; como despues el ayuno de los ninivitas arrebató al Señor el azote de entre las manos. Ea, pues, Señora, alcanzadnos esta virtud, que es el alimento de los ángeles y tan propia de los verdaderos cristianos; para no esclavizar nuestras almas con la disolucion, la impureza y el olvido de Dios, consecuencias todas del pecado abominable de la destemplanza; y concedednos tambien la gracia que solicitamos en esta novena, si ha de ser para gloria de Dios, honra vuestra y bien de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera cuán impropia es la gula de un verdadero cristiano. Por la gula se perdió la inocencia en el paraiso, y Esaú se quedó sin el derecho á la primogenitura. Por ella irritaron al Señor en tales términos los israelitas, que mandó fuesen pasados á cuchillo muchos millares; y por la embriaguez se cometen atroces crímenes. Ruega, pues, á María Santísima, que te libre de este enemigo de la vida espiritual y aun de la corporal, quitándote su pesado yugo; y que te alcance la gracia que deseas conseguir en esta santa novena.



Ahora se hace oracion mental por un breve rato.—
Despues de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios etc.*, como en el primer dia; y concludida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antífona y oracion.

DIA SEXTO.

Contra envidia, caridad.

Dicho el acto de contricion, que va al principio, y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Virgen Santísima del Yugo, aparecida milagrosamente en este santo lugar, para hacer ostentacion de las maravillas divinas en favor de las almas: Vos sois el estandarte de los triunfos de Dios contra la envidia de las huestes infernales, estando tan remota de las sugestiones del príncipe de las tinieblas, que por vuestro medio se desbarataron sus abominables planes. Satanás, envidioso de la felicidad del hombre, le derribó de su primitiva dignidad y grandeza; Vos, caritativa, le reintegraste sus sagrados derechos de hijo de Dios. Satanás, lleno de envidia, inundó el mundo de las densas nieblas del error; Vos, llena de caridad, disteis á luz al Sol de justicia, que ilumina esplendoroso nuestras almas. Satanás, envidioso, introdujo la muerte en la tierra; Vos, amorosa, llamasteis á los hombres, para

que bebiesen de la fuente de la vida, que está en el seno de Dios. Satanás, con enconada envidia, puso sobre el cuello de los desgraciados hijos de Eva el yugo de su infernal imperio; Vos, rebotando caridad, le provocasteis á singular batalla, y triunfasteis tan gloriosamente de esta asquerosa arpa, que hollasteis su horrible cabeza con vuestra planta virginal. Postrados ante vuestro excelso trono, os suplicamos ¡oh Madre compasiva! que arranqueis de nuestros corazones los resabios de la ciega envidia, que tanto desagrade á Dios, y llenéis nuestras almas de sentimientos de caridad verdadera, para mirarnos unos á otros como hermanos, como hijos de un mismo Padre. Haced que respirando esta hermosa virtud en nuestras palabras, en nuestras obras, y en nuestros deseos y pensamientos, florezca la paz en la tierra, y seamos verdaderos discípulos de Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, viniendo al mundo, para inflamarnos con su amor; que nació, para ser nuestro compañero; se quedó sacramentado, para ser nuestro manjar; murió para ser nuestro Redentor; y subió á los cielos, para ser nuestro premio eterno. ¡Oh madre de Dios! alcanzadnos la gracia de imitar á este divino modelo, sacudiendo el ominoso yugo de la envidia, que tiene al mundo lleno de discordias, y abrazando la caridad, hija del cielo, que convertiría en paraíso este valle de miserias. Y tambien os pedimos la gracia particular que intentamos conseguir en esta novena, si es para gloria de Dios, honra vuestra y provecho de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera cuánto desagrade á Dios la envidia. Este

pecado es propio de los demonios: al ver que el hombre estaba destinado á ocupar las sillas que ellos perdieron en el cielo, le acometieron con tentaciones, para que perdiese su inocencia. La envidia hizo á Cain matar á su inocente hermano; y á los hijos de Jacob cometer el atentado de vender á José; y la envidia fué la que obcecó de tal manera á los judíos que no reconocieron á Jesús por el divino Redentor, y le quitaron la vida. Suplica, pues, á María Santísima que te libre del pesado yugo de esta pasión, y que te alcance la gracia particular que desees conseguir en esta novena.

Ahora se hace oración mental por un breve rato.— Después de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios etc.*, como en el primer día; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oración.

DIA SÉTIMO.

Contra pereza, diligencia.

Dicho el acto de contrición, que va al principio, y la oración *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Virgen Santísima del Yugo. cuya misteriosa advocación manifiesta vuestra inmunidad en toda clase de es-

clavitud, siendo llena de gracia desde el primer instante de vuestro ser natural, y adornada por el Espíritu Santo con mil bendiciones: Vos os elevasteis hasta el trono de la misma divinidad. sin que os impidiese la pereza, tan aneja á la condicion humana, siendo el águila veloz, que, subiendo hasta las salas de la gloria, contemplasteis con asiduidad más que seráfica los divinos rayos del Sol de Justicia en su misma rueda, y bebisteis las luces en el origen mismo de la luz. Vos sois quien con más perfeccion y pronta voluntad siguió los senderos de su ley santísima; Vos la paloma cándida, inocente y sin mancha, cuyo candor y belleza hechiza los ojos de Dios, embriaga de dulzura á la Corte celestial, llena de admiración á los mortales y de consternación á los abismos. ¡Oh Maestra de todas las virtudes! postrados á vuestras sagradas plantas, os suplicamos en este día que nos alcancéis la gracia del Señor, para que nuestros corazones se hallen prontos y expeditos, para correr por el camino que Vos trazasteis á vuestros hijos. Disipad de nuestras almas la apatía que nos tiene pegados á la tierra, como si nuestra morada eterna hubiera de ser este mundo, y como si nuestro ulterior destino no fuese reinar con los ángeles y con Vos en la patria celestial. Haced, señora, que con una diligencia santa levantemos nuestros ojos y miremos al cielo; para que nuestros afectos fervorosos vuelen á los oídos de Dios, nuestros entendimientos mediten las verdades eternas, nuestros corazones pongan todo su afecto en el exacto cumplimiento de la ley, y para que acreditándonos de este modo de hijos vuestros, cuya librea llevamos desde que por tales nos adoptasteis en el calvario, merezcamos ser libres del yugo tiránico de la pereza, que tanto nos estorba en nuestro espiritual



aprovechamiento. Y tambien os pedimos la gracia particular que deseamos conseguir en esta santa novena, si ha de ser para gloria de Dios, honra vuestra, y bien de nuestras pobrecitas almas. Amen.

MEDITACION.

Considera, alma cristiana, lo que te interesa la diligencia y fervor en el camino de tu salvacion. Las virgenes necias quedaron fuera del cielo, por su negligencia en preparar las lámparas. La esposa, por no abrir con presteza la puerta al esposo divino, hubo de andar toda la noche buscándole recibiendo malos tratamientos. Acuérdate que Jesucristo sudaba buscando anhelante las almas, y despues de las fatigas del dia pasaba las noches en vela, orando á su Eterno Padre. No olvides que en cierto modo es peor el estado de la tibieza que el de una alma en pecado; por lo cual dice el Señor: «Ojalá fueras frio ó caliente; pero, porque eres tibio, te comenzaré á arrojar de mi boca.» Suplica á Nuestra Señora que te libre del pesado yugo de la pereza, y que te alcance la gracia particular que desees conseguir en esta santa novena.

Ahora se hace la oracion mental por un breve rato. —Despues de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios etc.*, como en el primer dia; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oracion.

DIA OCTAVO.

Mundo.—Menosprecio de sus vanidades.

Dicho el acto de contricion, que va al principio, y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Virgen Santísima del Yugo, aparecida en este monte, para ser manantial perenne de celestiales gracias: yo os contemplo en este dia como la estrella de la mañana, colocada en el firmamento de la Iglesia para consuelo de los fieles. Vos aparecisteis sobre el mundo envuelto en las tinieblas, como una nube llena de luz, para servir de brillante carroza á la Divinidad, cuando descendió á librarnos de la muerte, que habíamos merecido por nuestros pecados. Vos, Señora del cielo y de la tierra, Reina de los hombres y de los ángeles y aun del mismo Criador, que se sometió á Vos, haciéndoos Madre suya, fuisteis la única preservada del yugo del mundo. Pues elevada á tan alta dignidad, no os desdénais de apellidaros Madre de los pecadores, salud de los enfermos, consoladora de los afligidos y amparo de los cristianos; volved á nosotros esos purísimos ojos, y escuchad misericordiosa nuestras súplicas. Libradnos, amantísima Señora, del yugo de este mundo falaz, y enviadnos un rayo de luz, para ver el engaño de sus pompas y vanidades. Conozcamos que todo lo que nos ofrece, no es otra cosa que concupiscencia de la carne.

concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, y que ninguna de estas cosas proviene del Padre. Desengañémonos de que el mundo es el enemigo declarado del Evangelio, que el mundo jamás conoció á Dios, y que está siempre puesto en lo maligno; para que, penetrados nuestros entendimientos de estas verdades salvadoras, no nos dejemos sorprender por sus apariencias, que son copas doradas, pero llenas de veneno; que parecen luz, y son caos y tinieblas; y que prometiéndolo felicidad, hacen al hombre verdaderamente desgraciado. Y ¿cómo podrá nuestra vista tenebrosa conocer los abismos ocultos que nos prepara, sin la luz del cielo? ¿Cómo podrán nuestros pies atravesar sin tropiezo camino tan peligroso, sin guía celestial? ¿Cómo podríamos llegar felizmente al término de nuestro viaje, si Vos, aurora del Sol de Justicia, no nos alumbraseis con vuestros suaves resplandores? Esto nos mueve, Señora, á acudir á Vos llenos de confianza, pidiéndoos humildemente que nos libreis en este destierro del yugo opresor del mundo y nos conduzcáis á la patria celestial. También os pedimos la gracia particular que descamos obtener en esta santa novena, si ha de ser para gloria de Dios, honra vuestra y bien de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera, alma cristiana, la oposicion que media entre Jesucristo y el mundo. El mismo Señor dijo á los apóstoles, que no eran del mundo, que Él tampoco lo era, y que no rogaba por el mundo. Acuérdate que no se puede servir á dos señores: si sigues al mundo, dejas á Jesucristo. Los santos más quisieron vivir entre fieras

en los desiertos, afligidos, angustiados, padeciendo hambre y vestidos de pieles, que vivir en el mundo. Al considerar estas cosas, ¿seguirás todavía al mundo? Suplica á María Santísima que te libre de tan cruel tirano, y que te alcance la gracia que desees conseguir en esta santa novena.

Ahora se hace oracion mental por un breve rato.— Despues de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios*, como en el primer día; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oracion.

DIA NOVENO.

Al demonio se vence con oracion y humildad.

Dicho el acto de contricion, que va al principio, y la oracion *Soberano Señor*, se leerá esta otra

ORACION ESPECIAL PARA ESTE DIA.

Sagrada Virgen María: yo os contemplo en este último día libre del yugo de la serpiente infernal, hollando desde el primer instante de vuestra inmaculada Concepcion su horrible cabeza con vuestra virginal planta, sin que jamás su mortífero veneno haya tenido influencia sobre Vos, y libertando al género humano de las garras de tan tirano enemigo. Vos hicisteis bajar de

las alturas al Batallador omnipotente que habia de entrar en el castillo del fuerte armado, y salvar á los prisioneros, que llevasen en sus frentes la señal del Dios vivo. En vuestros reales se vistió de armas este divino caudillo; pues, encarnando en vuestras entrañas, tomó de Vos su santísima Humanidad, que fué el instrumento de sus triunfos y victorias. A Vos debemos tanta dicha; vuestro candor é inocencia atrajeron de los divinos alcázares al destructor de la muerte y vencedor del demonio. Os suplicamos, por tanto, Reina de los ángeles y madre verdadera de Dios, que nos alcanceis la gracia y fortaleza necesarias, para que, armados con el escudo de vuestro Santísimo Hijo, salgamos tambien nosotros victoriosos en los combates que hemos de tener con ese cruel enemigo. Brille en nuestras almas una profunda humildad y el don de la oracion, para que, fortalecidos con los divinos auxilios, quede desarmado y vencido el padre de la soberbia, viendonos tan humillados en la presencia de Dios; que aunque inferiores á él en poder, llamando á las puertas de la misericordia, alcanzaremos tal vigor en nuestras almas, que nos haremos superiores á todo el poder infernal. Fortalecedlas, Señora, con estas armas divinas, para triunfar con vuestra intercesion en todos los ataques que recibiéremos en la vida, y podamos despues cantar la victoria con Vos en las mansiones de la gloria. Concedednos tambien la gracia especial que solicitamos en esta santa novena, si ha de ser para gloria de Dios, honra vuestra y aprovechamiento de nuestras almas. Amen.

MEDITACION.

Considera, alma cristiana, que uno de los enemigos

que tienes en el camino de la salvacion es el demonio. El anda siempre en tu rededor buscando ocasion de darte un asalto, imponerte su yugo y precipitarte en el abismo. ¿Estás en pecado?—Pues entónces eres esclavo suyo.—¿Quieres librarte de él?—Vete al lado de Dios por medio de una buena confesion.—¿Te parece que estás en gracia, y quieres no volver á su dominio? Ármate de la oracion, lee y oye la palabra de Dios, humíllate en su divina presencia, y profesa una devocion ardiente á María Santísima. Y ahora pídele la gracia de que te libre para siempre de tan pesado yugo, y la particular que has intentado obtener en esta santa novena.

Ahora se hace lo oracion mental por un breve rato. Despues de terminada, se dice: *Oh Virgen y Madre de Dios*, como en el primer dia; y concluida la última alabanza, se cantan ó rezan los gozos con la antifona y oracion.

GOZOS.

Sois de Dios paloma bella,
De cielo y tierra dulzura;
Sed del Yugo Vírgen pura
De mi navecilla estrella.

Lirio del valle gentil,
De Jericó linda rosa,



—100—

Palma de Cades graciosa,
Torre de blanco marfil,
De Israel Princesa bella,
De Arguédas prenda segura,
Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

En las alas de tu amor
A un alto pino viniste,
Y alegre te apareciste,
A un sencillo labrador,
Quedando bajo tu huella
El pino de corva hechura.

Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

Y es pública voz y fama
Que, con regia dignacion,
Ardiendo su corazon
En suave, amorosa llama,
Le ordenaste, gran doncella,
Publicase tal ventura.

Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

Para que el raro portento
Todos crean, Madre tierna,
Sanas al hombre una pierna,
Enferma de nacimiento,
Sin dejar ni leve mella
De su imperfecta figura.

Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

—101—

Arguédas, á la noticia,
Presurosa, fiel, amante.
Sube á verte en el instante,
Rebosando de delicia;
Y ante el pino, que descuella,
Te saluda con dulzura.
Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

Con tu imagen celestial,
En lujosa ostentacion,
Descienden en procesion
A la iglesia parroquial;
Y el pueblo, postrado en ella,
Se recrea en tu hermosura.
Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

En la tierra, do la planta
Pusiste, Reina del cielo,
El pueblo con grande anhelo
Un santuario te levanta:
Obra sacra, con que sella
Su gratitud y ternura.
Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

Tu trono, desde aquel dia,
Asilo es del peregrino,
Luciente faro divino,
Causa de eterna alegría,
De amor ardiente centella,
Que enciende el alma más dura.



—102—

Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

La probática piscina
Tienes en tu régia casa,
Donde favores sin tasa
Recibe el que á Ti se inclina;
Que el agua, que corre de ella,
Todo mal de pronto cura.

Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

Sois de Dios paloma bella,
De cielo y tierra dulzura;
Sed del Yugo Virgen pura
De mi navecilla estrella.

ANTÍPHONA.

Ecce Virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur
nomen ejus Emmanuel.

V. Ora pro nobis Sancta Dei genitrix.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Deus, qui de beatæ Mariæ Virginis utero, Verbum
tuum, Angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti:
presta supplicibus tuis, ut qui veré eam genitricem Dei
credimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur.

—103—

Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum filium
tuum, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus
Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

V. Benedicamus Domino.

R. Deo gracias.

A. M. G. D. D. Y. D. M.